

Mis amigos de la Biblia

Etta B. Degering / Tomo 4





Mis amigos de la Biblia

Etta B. Degering / Tomo 4



Ilustraciones: Robert L. Berran

Historias que aparecen en este tomo:

Joás, el niño rey

Cuando Dios lavó el mundo

Ester, la reina valiente

El hacha prestada

ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA

Bogotá—Caracas—Guatemala—Madrid—Managua

México—Panamá—San Salvador—San José, C.R.

San Juan, P.R.—Santo Domingo—Tegucigalpa



Joás, el niño rey

“No llores, mi pequeño Joás, no llores,
que algún día serás rey,
y llevarás en la cabecita una corona
y te sentarás en un trono de oro.
Pero si esa reina mala te oye llorar,
mandará que te lleven los soldados.
Entonces no serás rey,
ni llevarás corona,
ni te sentarás en el bello trono de oro”.

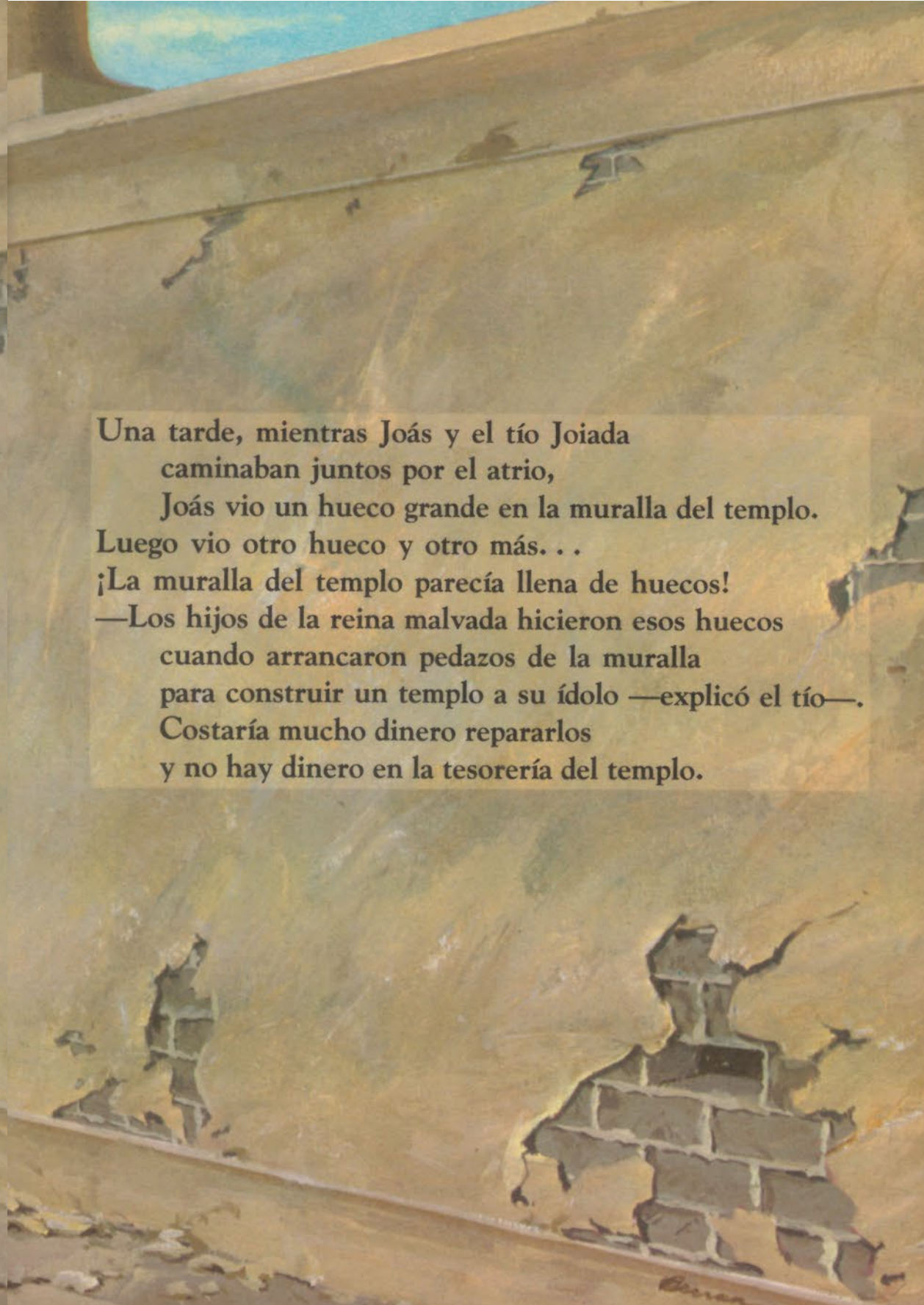


El tío Joiada, sacerdote del templo,
y la tía Josaba tenían escondido al bebé Joás
en el dormitorio de su apartamento en el templo.
Con ellos Joás aprendió a caminar y a hablar.
La reina mala no lo había podido encontrar.
Joás creció. Con cada cumpleaños la señal en el marco
de la puerta del dormitorio estaba más arriba.
Durante el día, sus tíos cerraban la puerta con tranca
para que ninguno en el templo viera al niño
y fuera a decírselo a la reina.
Por la tarde, cuando todos se habían marchado a casa,
se abría la puerta y Joás con su tío
podían andar por el atrio del templo.





Una tarde, mientras Joás y el tío Joiada
caminaban juntos por el atrio,
Joás vio un hueco grande en la muralla del templo.
Luego vio otro hueco y otro más. . .
¡La muralla del templo parecía llena de huecos!
—Los hijos de la reina malvada hicieron esos huecos
cuando arrancaron pedazos de la muralla
para construir un templo a su ídolo —explicó el tío—.
Costaría mucho dinero repararlos
y no hay dinero en la tesorería del templo.

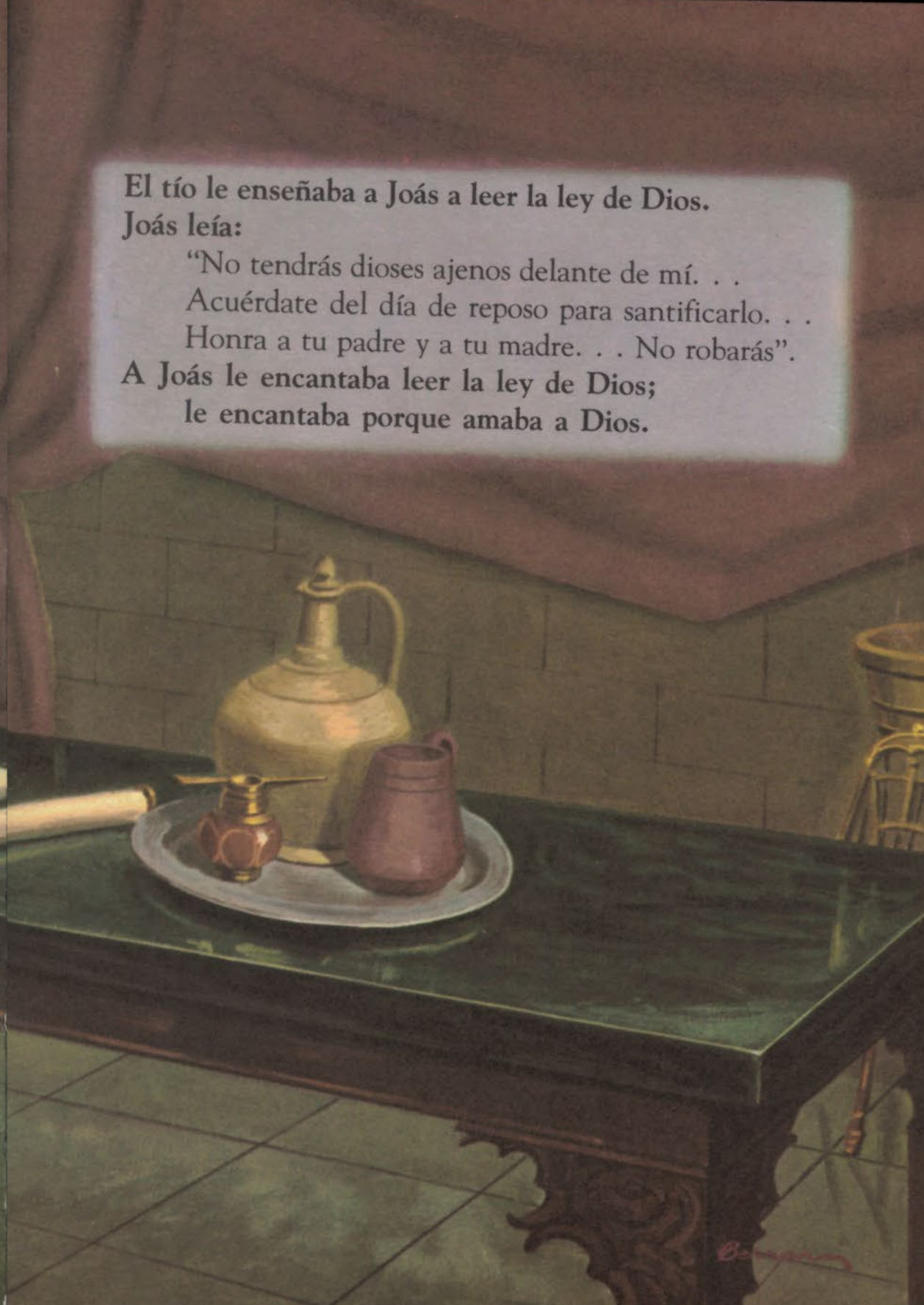


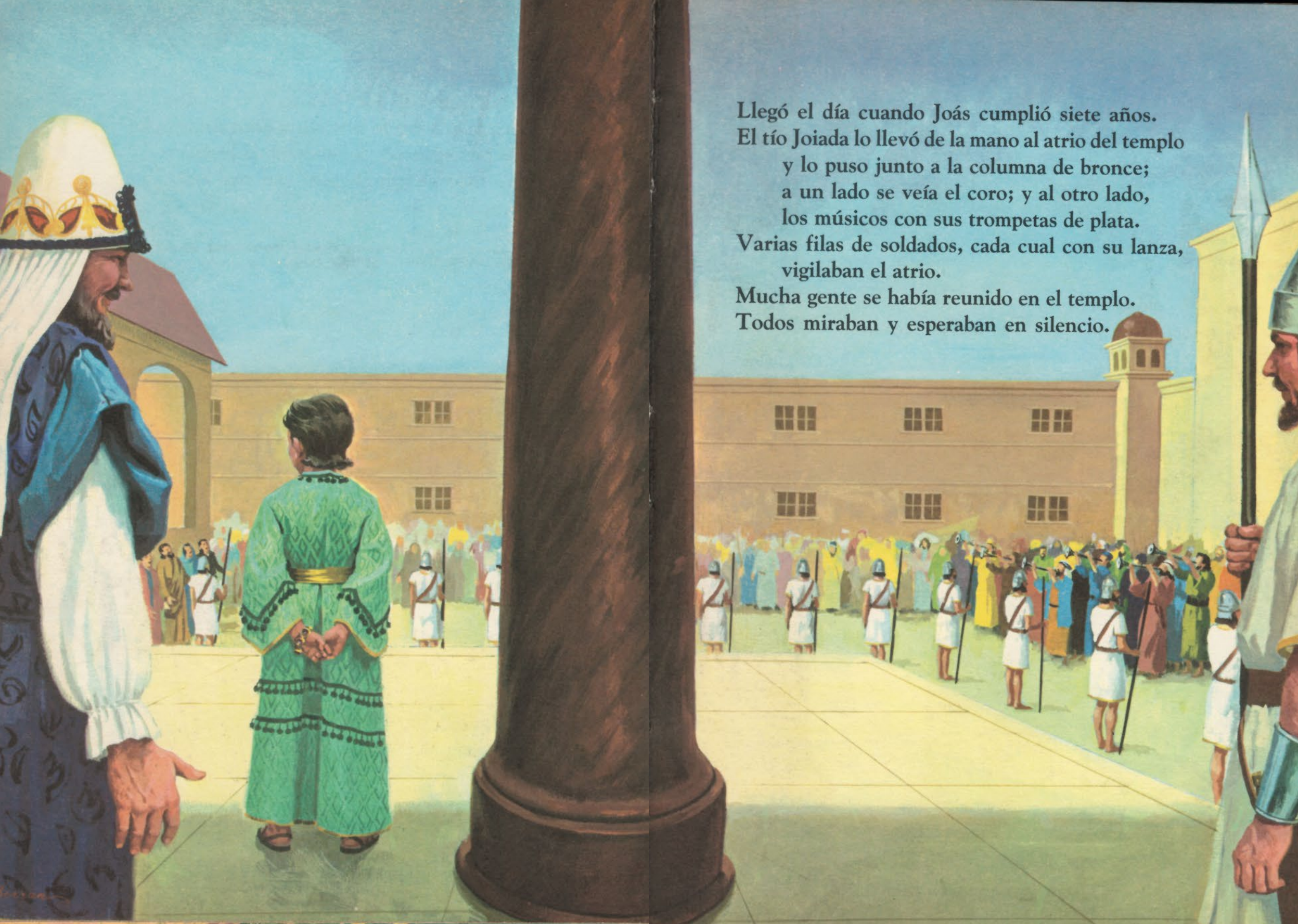


El tío le enseñaba a Joás a leer la ley de Dios.
Joás leía:

“No tendrás dioses ajenos delante de mí. . .
Acuérdate del día de reposo para santificarlo. . .
Honra a tu padre y a tu madre. . . No robarás”.

A Joás le encantaba leer la ley de Dios;
le encantaba porque amaba a Dios.





Llegó el día cuando Joás cumplió siete años.
El tío Joiada lo llevó de la mano al atrio del templo
y lo puso junto a la columna de bronce;
a un lado se veía el coro; y al otro lado,
los músicos con sus trompetas de plata.
Varias filas de soldados, cada cual con su lanza,
vigilaban el atrio.
Mucha gente se había reunido en el templo.
Todos miraban y esperaban en silencio.



El tío Joiada colocó en las manos de Joás el rollo de la ley, y en su cabeza la corona del rey.

Luego, con un cuerno lleno de aceite fragante, ungió a Joás como rey de Judá.

Los músicos hicieron sonar las trompetas plateadas y el coro cantó alabanzas.

La gente aplaudía mientras gritaba:
“¡Viva el rey! ¡Viva el rey!”



De pronto, la reina mala entró corriendo al templo.
Había oído las trompetas y los himnos.
Cuando vio al niño rey parado junto a la columna,
se rasgó la ropa y gritó:
“¡Traición! ¡Traición!”
Mandó que los soldados llevaran al niño,
pero los soldados se la llevaron a ella.



La gente formó una larga procesión
de soldados, cantantes y sacerdotes;
los trompetistas iban adelante.
Salieron por la puerta del templo y bajaron
por la calle, hacia el palacio del rey,
llevando a Joás, el niño rey.
El palacio sería ahora su nuevo hogar.





Lentamente Joás subió los escalones
que lo llevaban al trono de oro.
El trono era tan grande,
que sus pies no alcanzaban a tocar el piso.
Aun así, se sentó derecho, como un rey.
De nuevo los trompetistas tocaron las trompetas,
el coro cantó y la gente gritó:
“¡Viva el rey! ¡Viva el rey!”

La tarea de ser rey no era fácil para un muchacho;
necesitaría el apoyo del tío Joiada por muchos años.
El rey Joás se acordó de la muralla del templo.
¿Cómo conseguiría dinero para repararla?
Envió mensajeros para recolectar dinero,
pero ellos gastaron el dinero en sus propias casas.
La muralla seguía llena de huecos.
Entonces Joás pensó en otro plan para conseguir dinero.



Joás pidió al tío Joiada un cofre con tapa.
—Pongamos el cofre junto a la puerta del templo —le dijo.
Y pusieron un cofre junto a la puerta del templo.
—Ahora, abrámosle un hueco en la tapa —dijo Joás—,
un hueco por donde puedan pasar las monedas.
E hicieron un hueco en la tapa, tal como lo pidió el rey.
Entonces, cuando la gente llegaba al templo para adorar,
veía el arca junto a la puerta,
y depositaba las monedas por el hueco de la tapa.

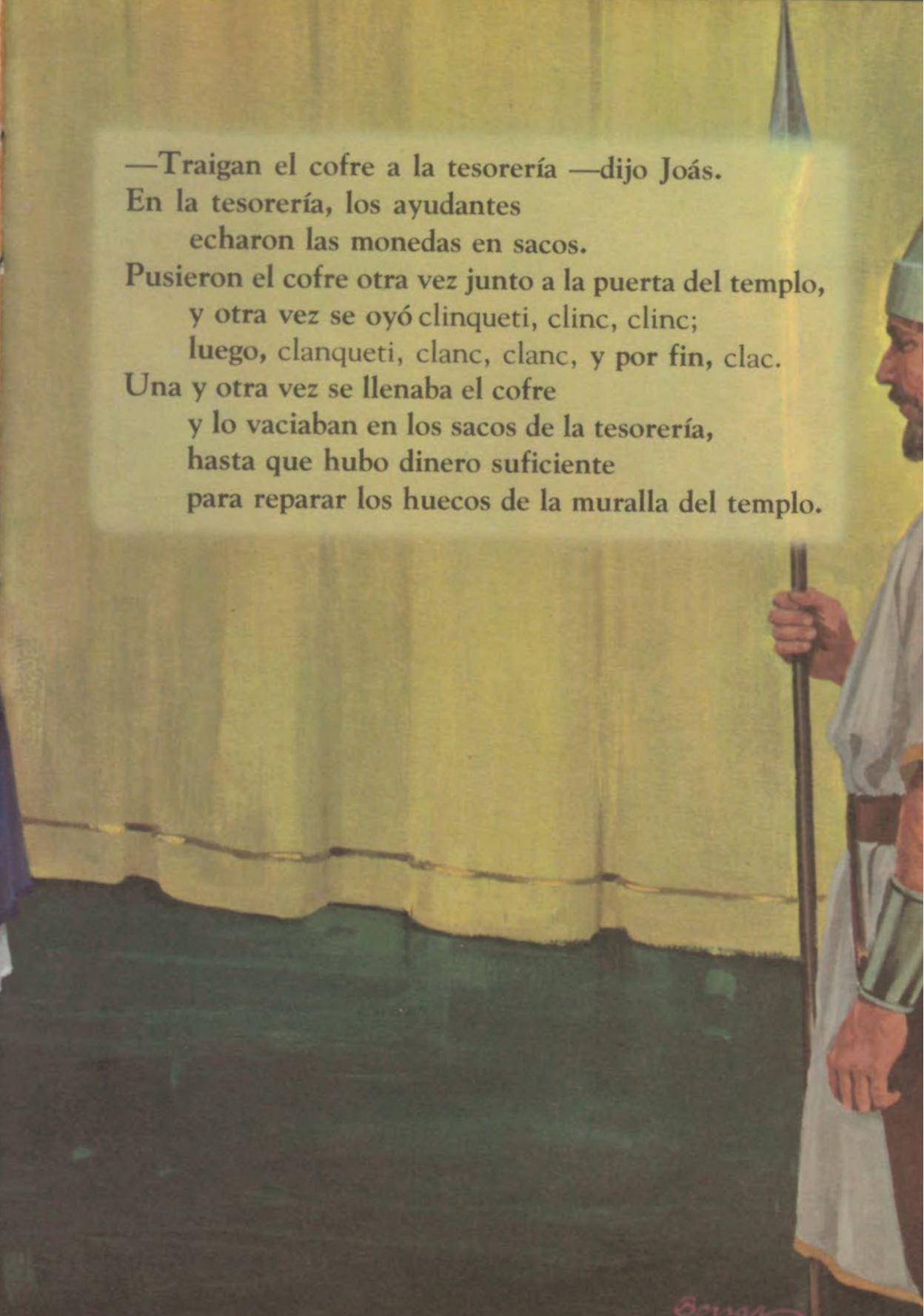


La gente venía de todas partes
para ver la gran alcancía del rey.
Los niños, las niñas, los papás y las mamás,
los abuelos y las abuelas
pasaban frente al cofre y echaban monedas en él.
Al principio las monedas sonaban
clinqueti, clinc, clinc.
Cuando se llenó hasta la mitad, hacían un ruidito
como clanqueti, clanc, clanc.
Y cuando se llenó hasta arriba, apenas fue un clac.





—Traigan el cofre a la tesorería —dijo Joás.
En la tesorería, los ayudantes
 echaron las monedas en sacos.
Pusieron el cofre otra vez junto a la puerta del templo,
 y otra vez se oyó clinqueti, clinc, clinc;
 luego, clanqueti, clanc, clanc, y por fin, clac.
Una y otra vez se llenaba el cofre
 y lo vaciaban en los sacos de la tesorería,
 hasta que hubo dinero suficiente
 para reparar los huecos de la muralla del templo.





Los canteros cortaron piedras, los carpinteros, tablas.
Trabajaron con mucho cuidado, pues era la casa de Dios.
Por fin, la muralla del templo estaba como nueva.
Ahora venía mucha gente para adorar en el templo.
Aprendieron a amar a Dios, como lo amaba Joás, el rey.
Dios miraba contento desde el cielo
al ver el bello templo, a la gente que adoraba
y al joven rey, sentado en su trono de oro.



Ester, la reina valiente

Hadasa era una huerfanita.
Un día, estaba solita en los escalones de su casa vacía.
Por tener los ojos llenos de lágrimas,
no podía ver el cielo azul
ni la hierba tan verde
ni el color amarillo de las flores.




Mardoqueo, primo de Hadasa, llegó a su casita.
—Ven, Hadasa —le dijo—, ahora vivirás con nosotros.
Hadasa juntó su ropita en varios bultos.
¡Qué contenta estaba de ir a vivir
con la familia del primo Mardoqueo,
en el pueblo de Susa!





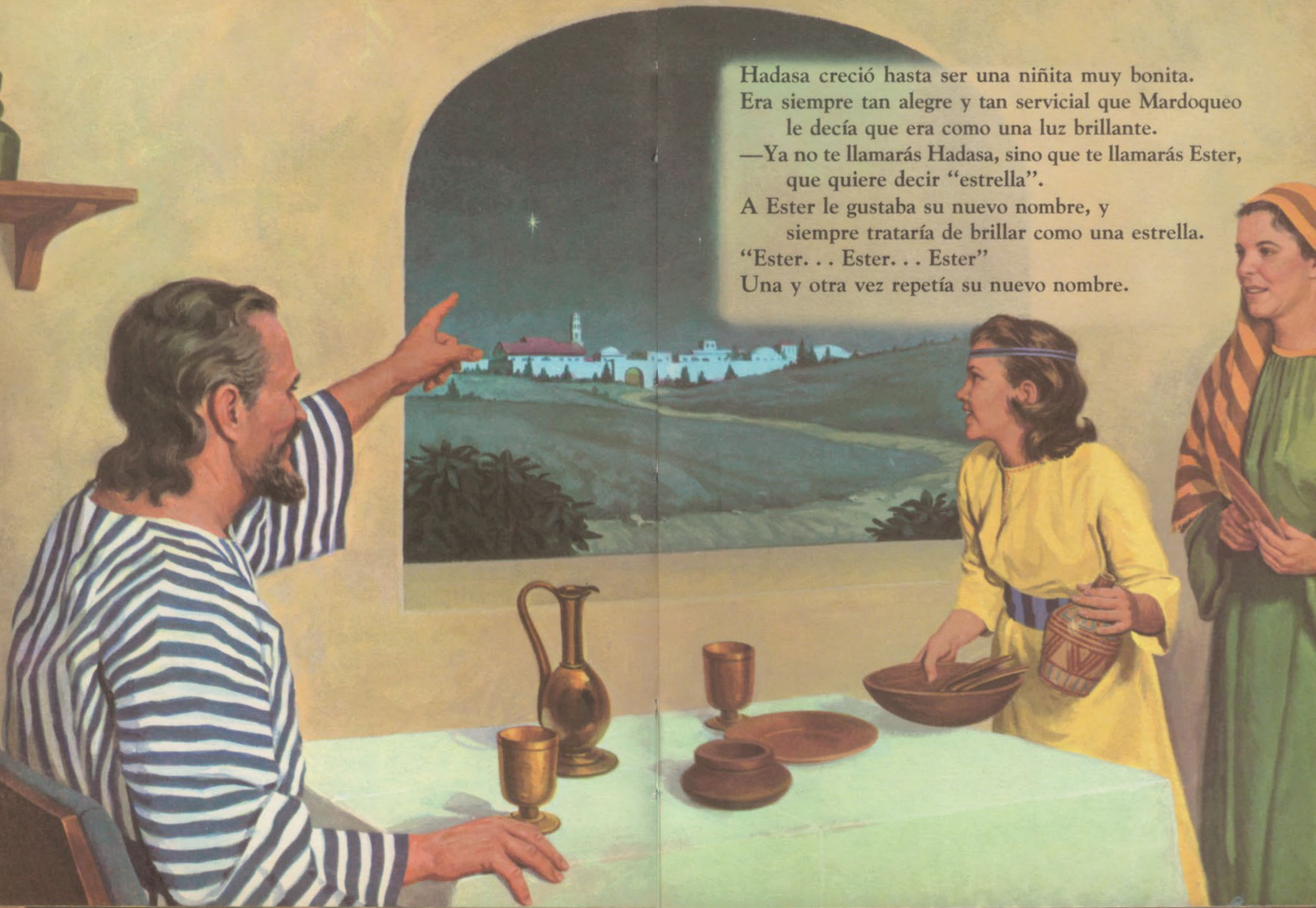
Mardoqueo y Hadasa caminaron por el camino polvoriento.
Las sandalias de Hadasa dejaban pequeñas huellas.
Las sandalias de Mardoqueo dejaban grandes huellas.
Ahora Hadasa podía ver el azul del cielo
y el verde de la hierba
y el amarillo de las flores,
porque ya no tenía lágrimas en los ojos.





Mardoqueo trabajaba para el rey de Persia.
Cada día se sentaba a la puerta del palacio del rey.
para contestar las preguntas
de los que venían en busca de ayuda.
A veces, Hadasa le llevaba el almuerzo a Mardoqueo
que estaba sentado a la puerta del palacio del rey
—Aquí tienes el almuerzo, primo Mardoqueo:
granadas y queso, y pan con miel.





Hadasa creció hasta ser una niña muy bonita.
Era siempre tan alegre y tan servicial que Mardoqueo
le decía que era como una luz brillante.
—Ya no te llamarás Hadasa, sino que te llamarás Ester,
que quiere decir “estrella”.
A Ester le gustaba su nuevo nombre, y
siempre trataría de brillar como una estrella.
“Ester. . . Ester. . . Ester”
Una y otra vez repetía su nuevo nombre.

Ahora bien, sucedió que el rey de Persia
hacía los preparativos para escoger una reina.
—Reúnan a todas las jóvenes más hermosas
del reino —dijo el rey a sus ayudantes—,
que de entre ellas quiero escoger una reina.
Ester fue una de las señoritas invitadas al palacio.
Mardoqueo las miraba mientras entraban por la puerta,
pero para él no había ninguna más hermosa que Ester.

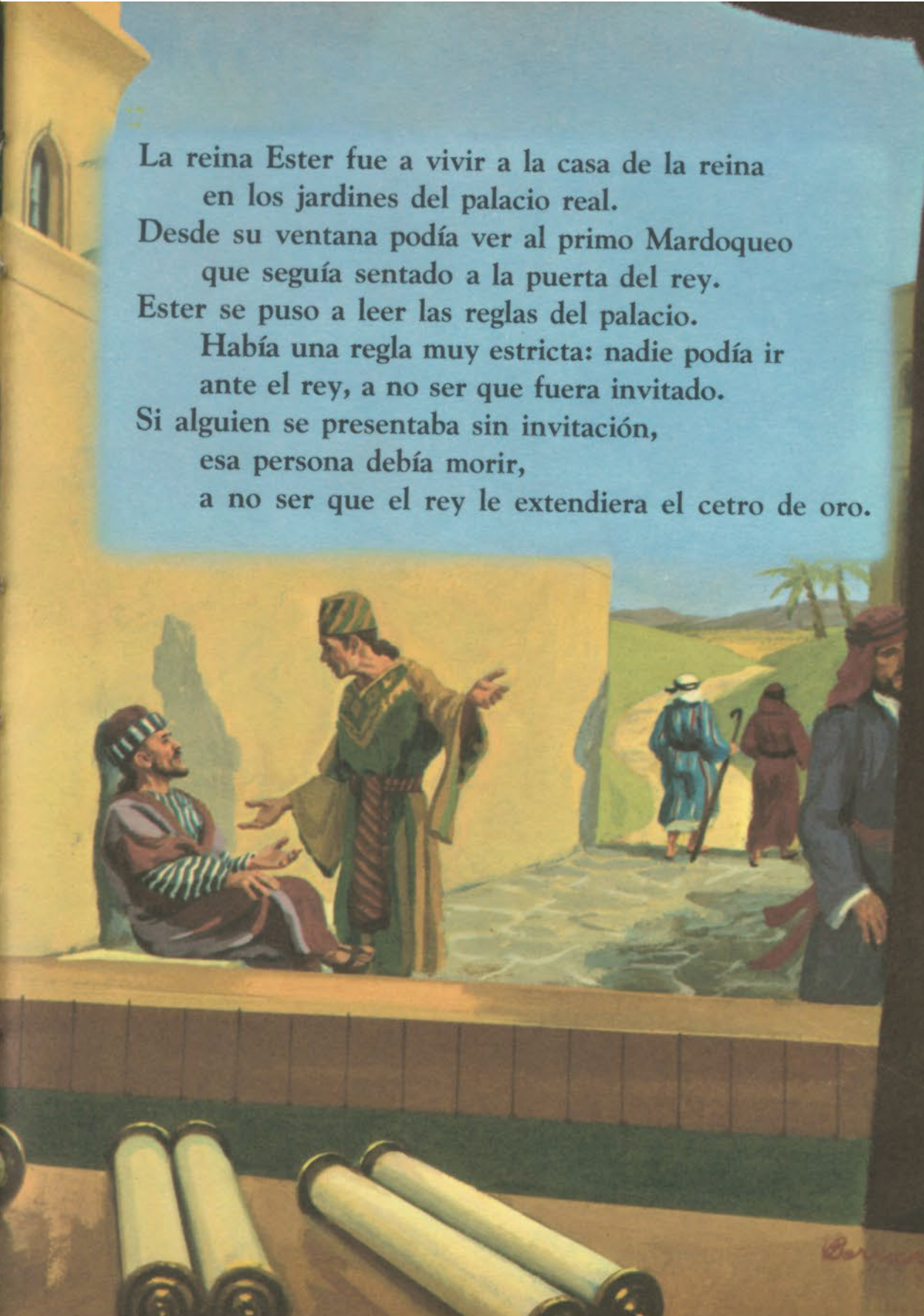




Una tras otra desfilaron ante el rey.
Todas ellas eran hermosas,
pero cuando el rey vio a Ester, dijo:
—Ester será la reina.
Con su propia mano el rey colocó una corona
en la cabeza de Ester,
una brillante corona de oro, con perlas.



La reina Ester fue a vivir a la casa de la reina en los jardines del palacio real. Desde su ventana podía ver al primo Mardoqueo que seguía sentado a la puerta del rey. Ester se puso a leer las reglas del palacio. Había una regla muy estricta: nadie podía ir ante el rey, a no ser que fuera invitado. Si alguien se presentaba sin invitación, esa persona debía morir, a no ser que el rey le extendiera el cetro de oro.





Algo espantoso sucedió en el país de Persia.
Se ordenó por ley que en cierto día
todo el pueblo de Dios fuera muerto.
Mardoqueo envió un mensajero a la reina Ester, diciendo:
—Tienes que presentarte delante del rey
y pedirle que salve al pueblo de Dios.
—No me atrevo a presentarme sin la invitación
del rey —dijo Ester—. Si el rey no me extiende
el cetro de oro, me puede matar.
No, no puedo presentarme ante el rey.



Mardoqueo volvió a enviarle un mensaje:
—No tengas miedo. Quién sabe
si para esta hora
Dios te ha puesto por reina.



La reina Ester contestó:

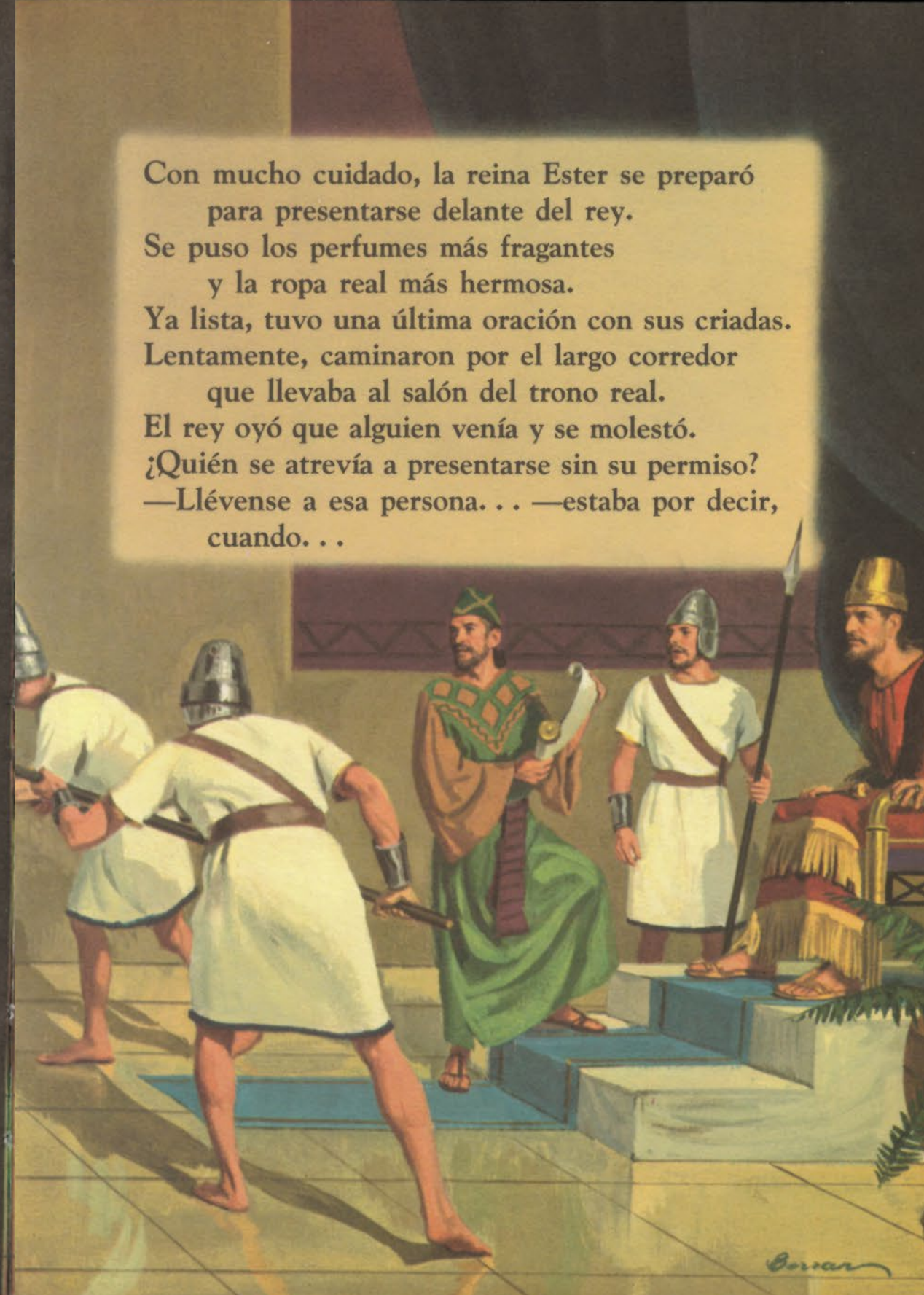
—Dispongan tres días de oración e iré al rey,
y le pediré que salve al pueblo de Dios.
Si muero, pues, que muera.

Ester y sus criadas oraron en la casa de la reina.
Mardoqueo y sus amigos oraron en su casa.
Por toda Persia, el pueblo de Dios oró.





Con mucho cuidado, la reina Ester se preparó para presentarse delante del rey. Se puso los perfumes más fragantes y la ropa real más hermosa. Ya lista, tuvo una última oración con sus criadas. Lentamente, caminaron por el largo corredor que llevaba al salón del trono real. El rey oyó que alguien venía y se molestó. ¡Quién se atrevía a presentarse sin su permiso? —Llévense a esa persona. . . —estaba por decir, cuando. . .



vio que era la hermosa reina Ester
que había venido a verlo.

El rey le sonrió

y le extendió el cetro de oro.

Ester se acercó y tocó el cetro.

—¿Cuál es tu deseo, reina Ester? —preguntó el rey—.

Te daré hasta la mitad del reino.

Ester invitó al rey a que viniera a su casa

para una comida especial; durante la comida

le pediría que salvara a su pueblo.



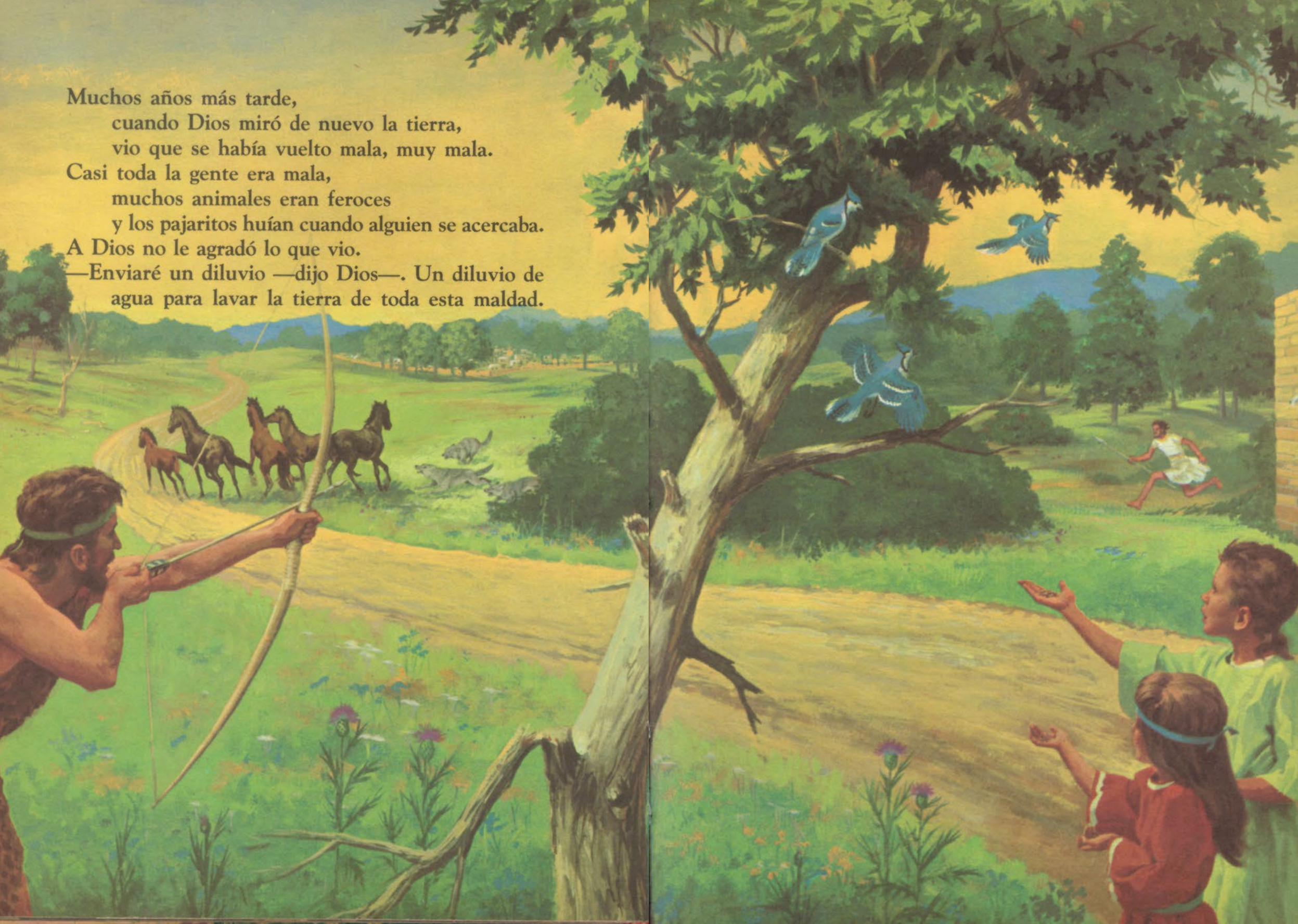


Así fue que el rey hizo una nueva ley
y el pueblo de Dios fue salvado.
Los mensajeros —algunos en mulas, otros en camellos,
otros a caballo y otros a pie—
corrieron por todo el país, dando la noticia.
El pueblo de Dios gritó de alegría.
Pero la más feliz de todos tal vez fue la reina Ester:
había sido una vez Hadasa, la huérfanita;
luego Ester, la estrella brillante;
y ahora Ester, la reina valiente.

Cuando Dios lavó el mundo

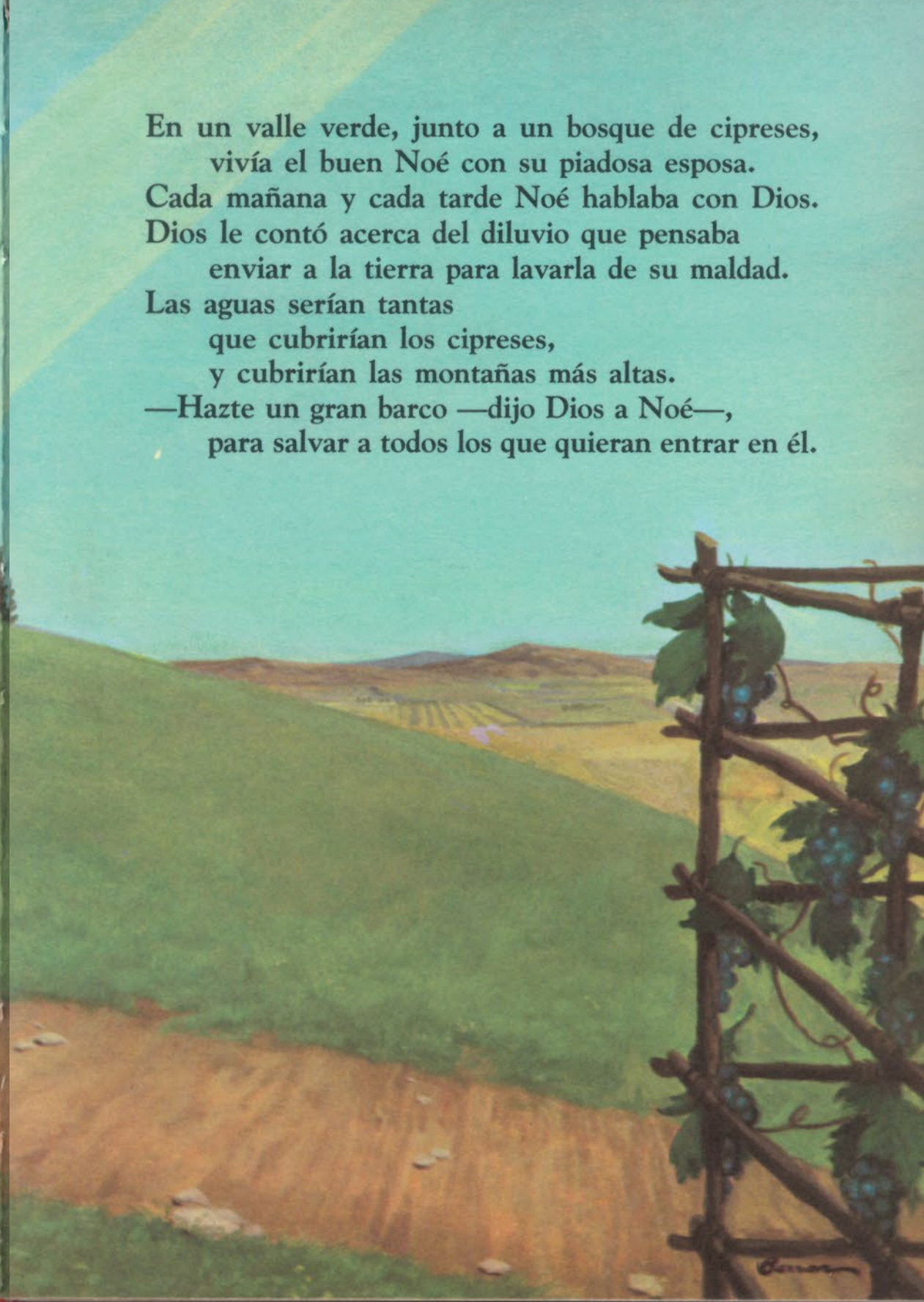
En el principio,
cuando Dios miró la tierra que había hecho,
vio que era hermosa, muy hermosa.
La gente era buena, los animales eran mansos,
y los pajaritos no tenían miedo.
A Dios le agradó lo que vio.

Muchos años más tarde,
cuando Dios miró de nuevo la tierra,
vio que se había vuelto mala, muy mala.
Casi toda la gente era mala,
muchos animales eran feroces
y los pajaritos huían cuando alguien se acercaba.
A Dios no le agradó lo que vio.
—Enviaré un diluvio —dijo Dios—. Un diluvio de
agua para lavar la tierra de toda esta maldad.

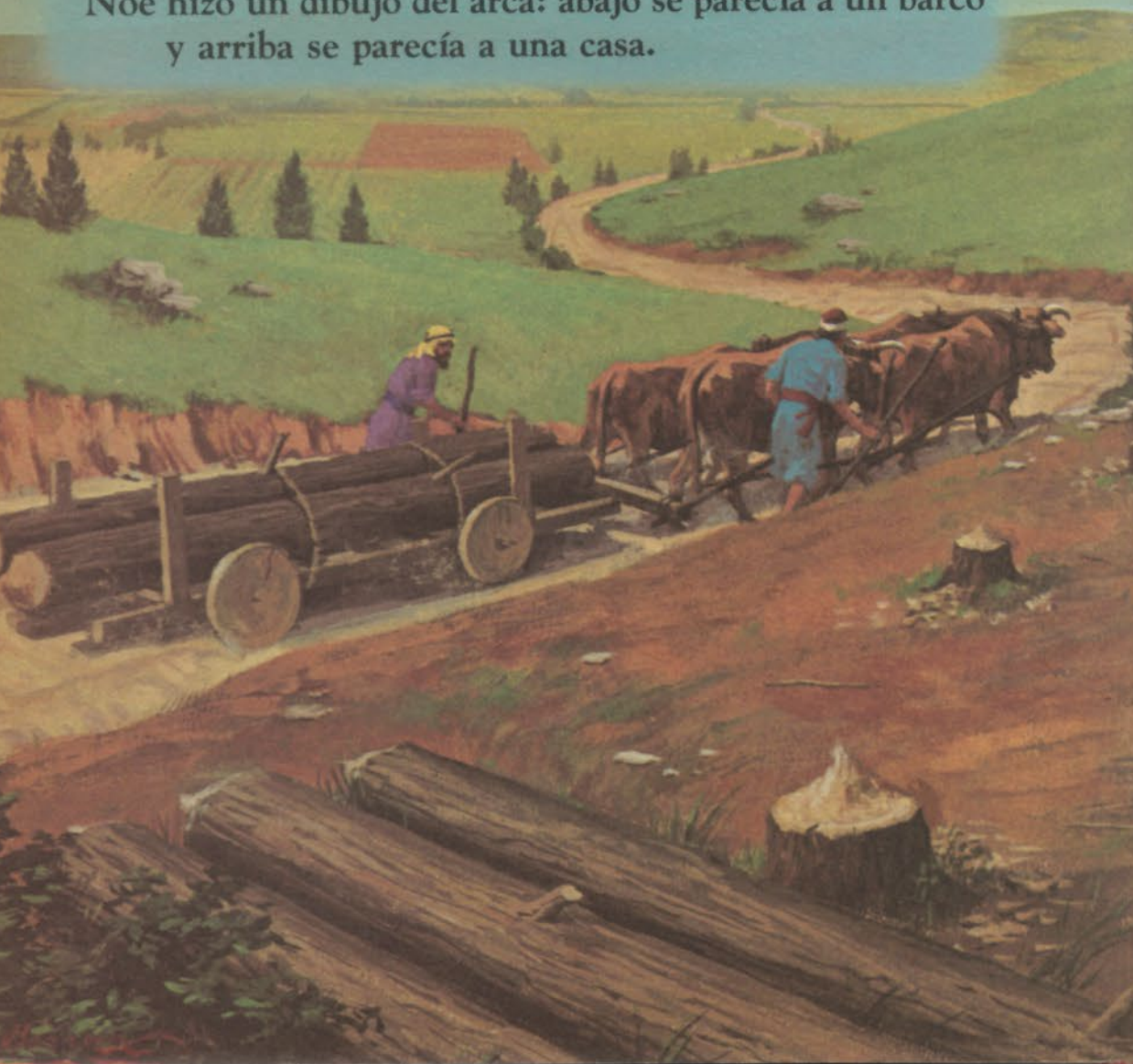




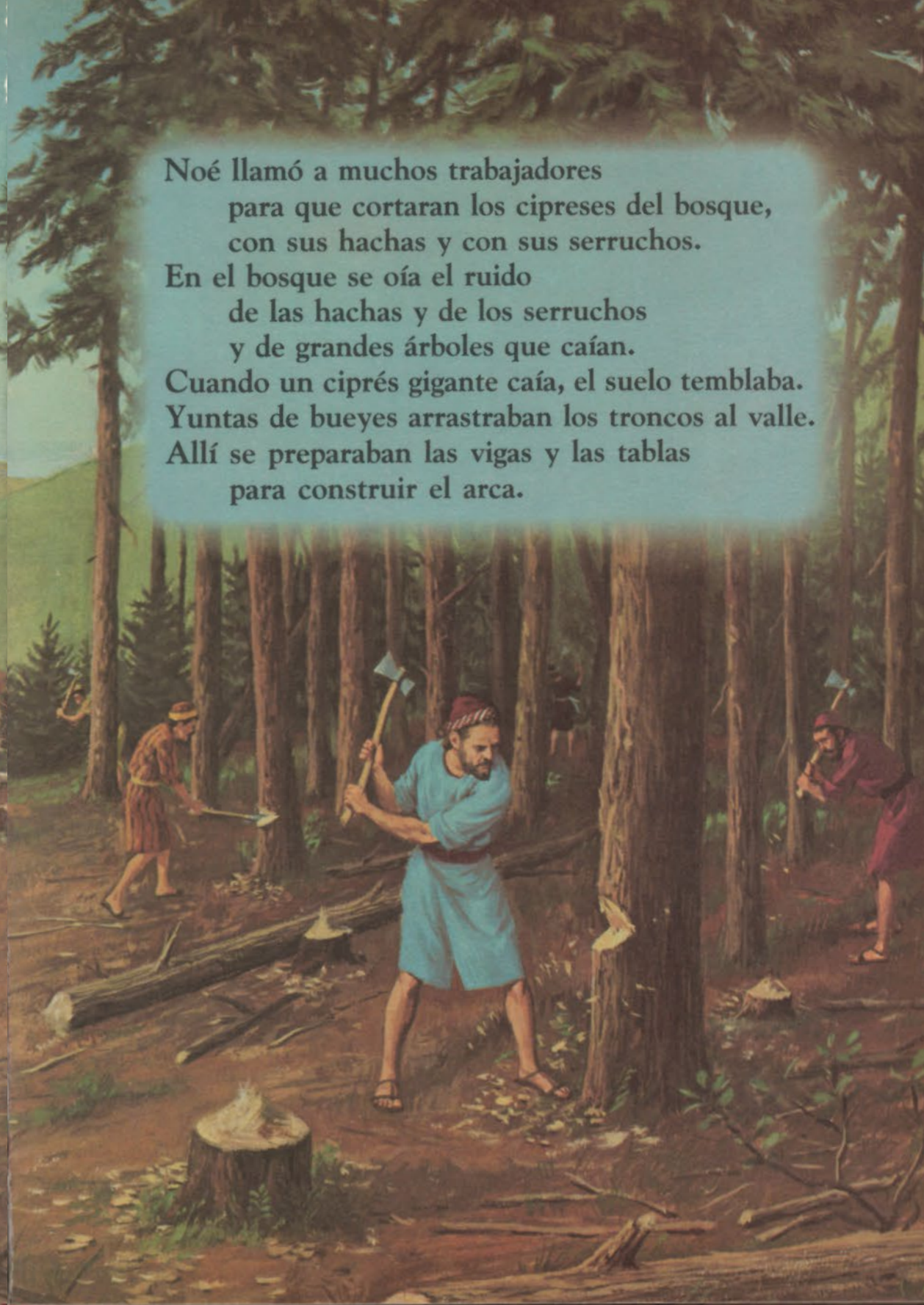
En un valle verde, junto a un bosque de cipreses,
vivía el buen Noé con su piadosa esposa.
Cada mañana y cada tarde Noé hablaba con Dios.
Dios le contó acerca del diluvio que pensaba
enviar a la tierra para lavarla de su maldad.
Las aguas serían tantas
que cubrirían los cipreses,
y cubrirían las montañas más altas.
—Hazte un gran barco —dijo Dios a Noé—,
para salvar a todos los que quieran entrar en él.



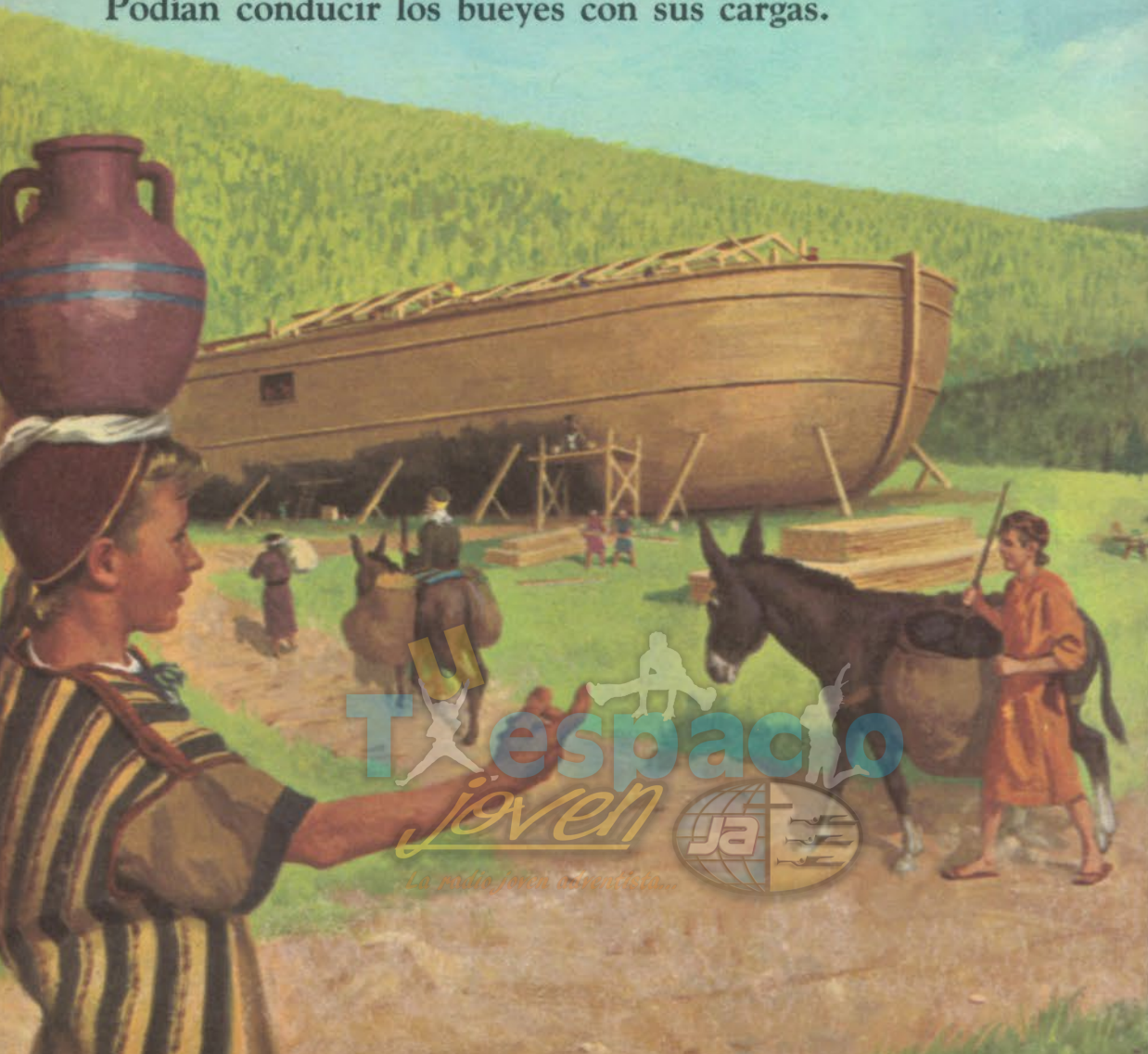
Dios le explicó a Noé cómo debía construir el arca.
—Hazla bien larga y bien ancha —le dijo Dios—,
que tenga tres pisos y, además,
una ventana en el techo y una puerta de un lado.
Haz cuartos para la gente, cuartos para los animales,
cuartos para los pájaros, y cuartos para la comida.
Este barco lo harás de madera de ciprés
y lo untarás con brea por dentro y por fuera.
Noé hizo un dibujo del arca: abajo se parecía a un barco
y arriba se parecía a una casa.



Noé llamó a muchos trabajadores
para que cortaran los cipreses del bosque,
con sus hachas y con sus serruchos.
En el bosque se oía el ruido
de las hachas y de los serruchos
y de grandes árboles que caían.
Cuando un ciprés gigante caía, el suelo temblaba.
Yuntas de bueyes arrastraban los troncos al valle.
Allí se preparaban las vigas y las tablas
para construir el arca.



Durante el tiempo en que cortaban árboles
y construían el arca,
les nacieron tres hijos varones a Noé y a su esposa.
El mayor se llamó Jafet,
el que le seguía, Sem; y el menor, Cam.
A medida que los muchachos crecían
podían ayudar al papá en las diversas tareas.
Podían traer agua.
Podían recoger brea para untar con ella el barco.
Podían conducir los bueyes con sus cargas.





Pasaron años y años y aun más años.

Sem, Cam y Jafet se hicieron hombres
y se casaron con buenas esposas.

La gente llegaba desde todas partes para ver cómo

Noé, sus hijos y los trabajadores construían el arca.

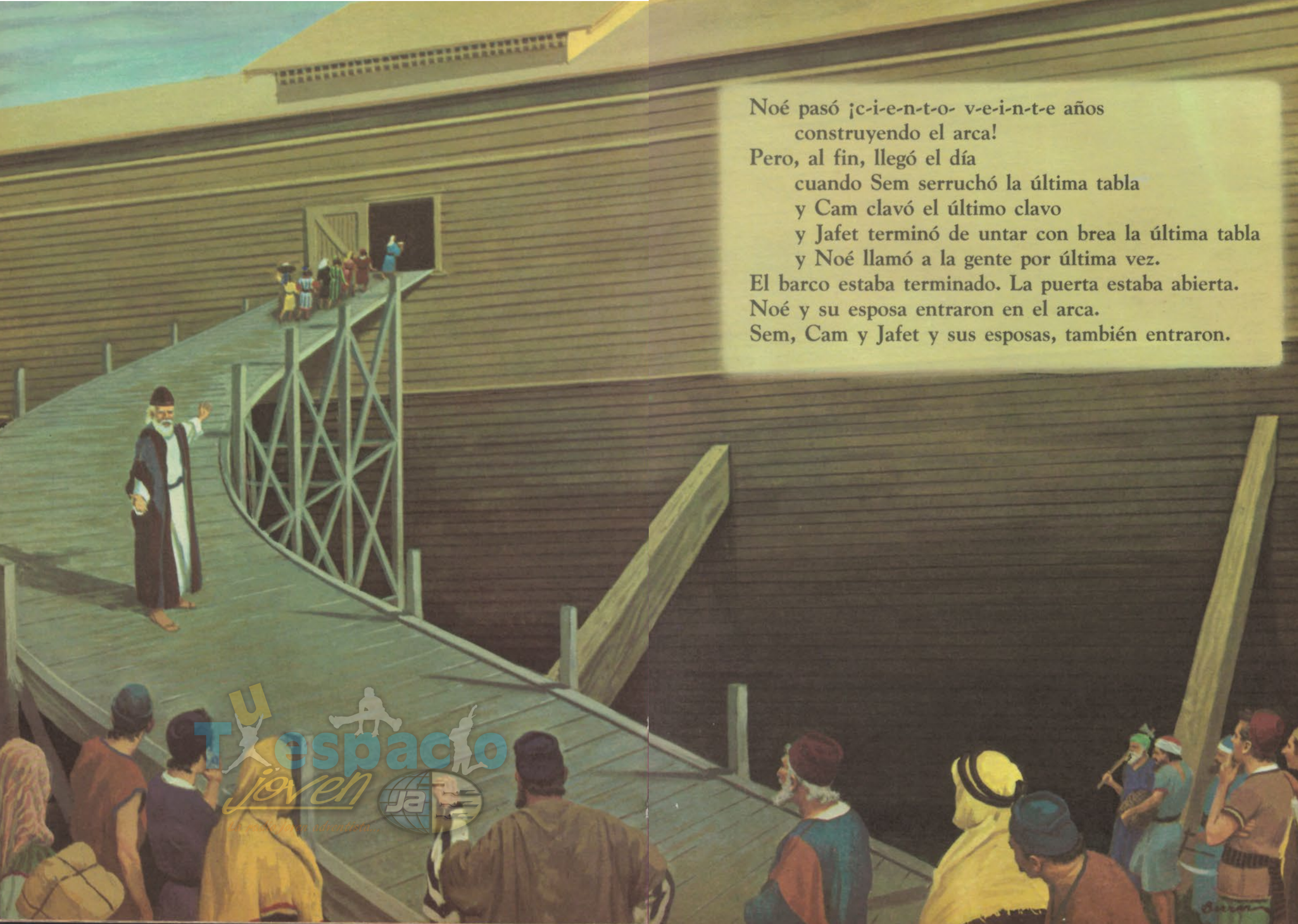
Noé les hablaba acerca del diluvio que Dios

estaba por mandar para lavar la tierra de su maldad.

Pero la gente se reía de él y decía:

—Nunca ha habido un diluvio
y nunca lo habrá.

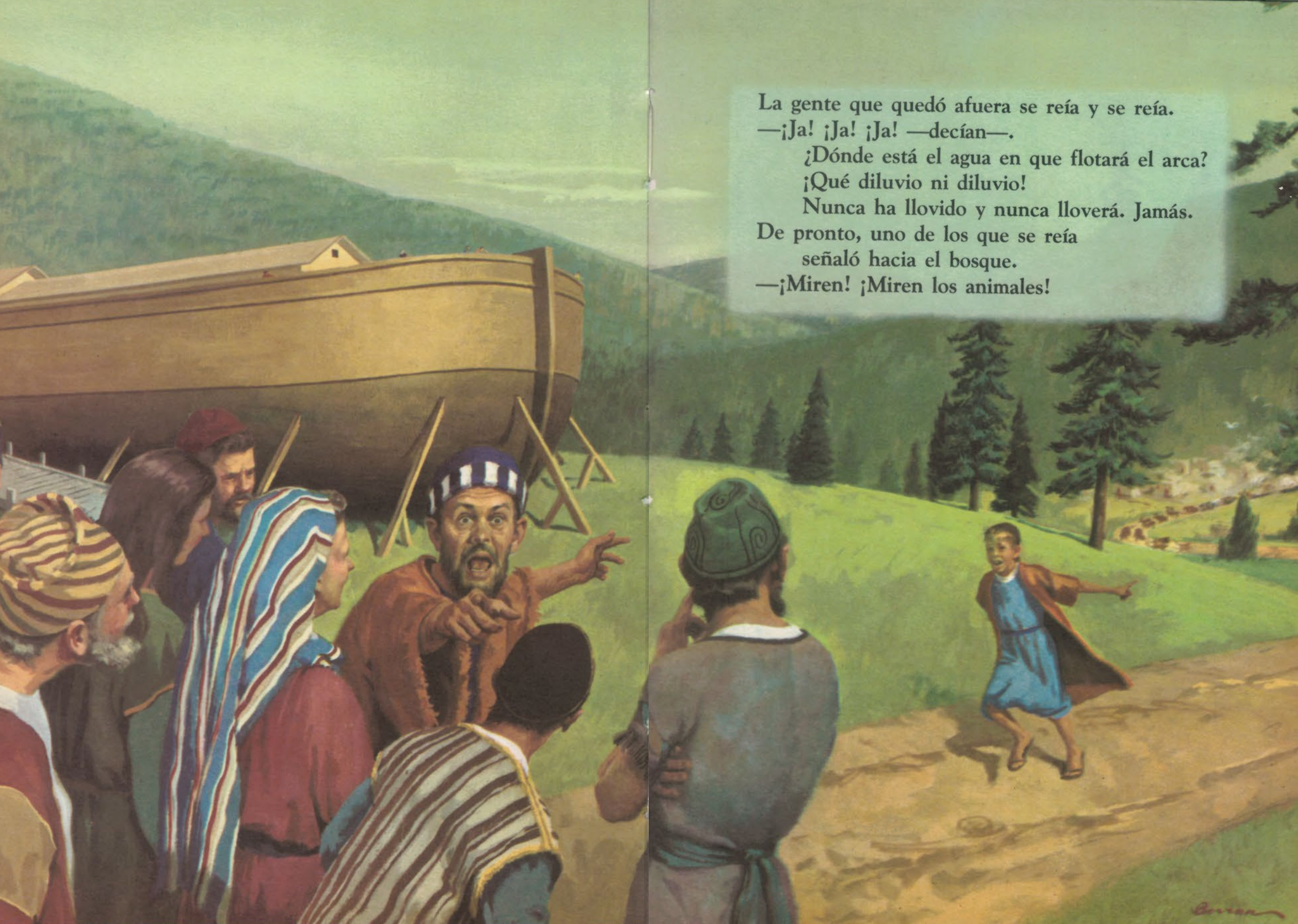
Corina

A colorful illustration of Noah's Ark. The ark is a large wooden building with a ramp leading to an open doorway. Noah, an elderly man with a white beard wearing a blue and white robe, stands on the deck, gesturing towards the entrance. A group of people is gathered on the ramp, some carrying bundles. In the foreground, a crowd of people in various attire watches from the deck. The sky is a clear blue.

Noé pasó ¡c-i-e-n-t-o- v-e-i-n-t-e años
construyendo el arca!

Pero, al fin, llegó el día
cuando Sem serruchó la última tabla
y Cam clavó el último clavo
y Jafet terminó de untar con brea la última tabla
y Noé llamó a la gente por última vez.

El barco estaba terminado. La puerta estaba abierta.
Noé y su esposa entraron en el arca.
Sem, Cam y Jafet y sus esposas, también entraron.



La gente que quedó afuera se reía y se reía.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —decían—.

¿Dónde está el agua en que flotará el arca?

¡Qué diluvio ni diluvio!

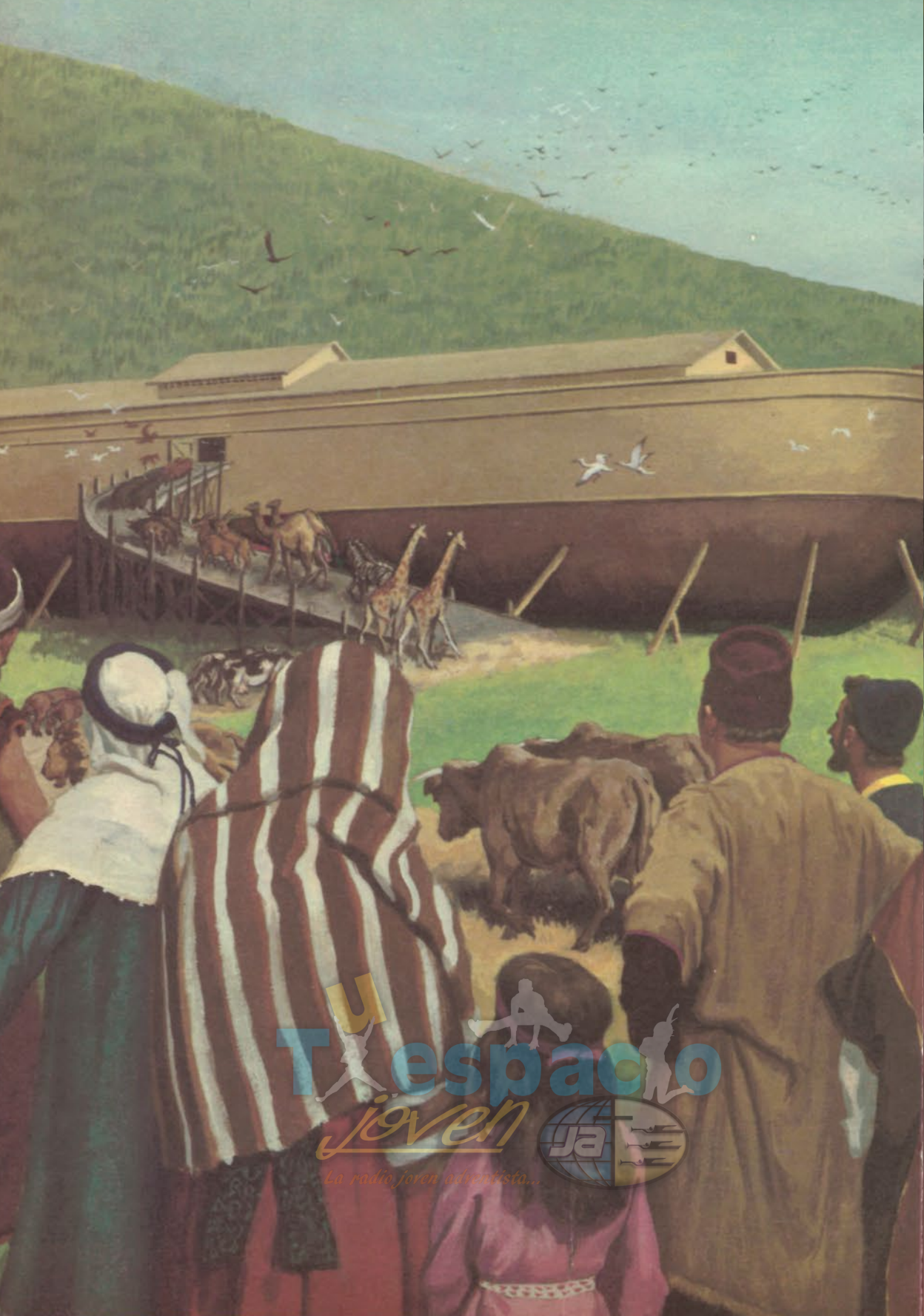
Nunca ha llovido y nunca lloverá. Jamás.

De pronto, uno de los que se reía

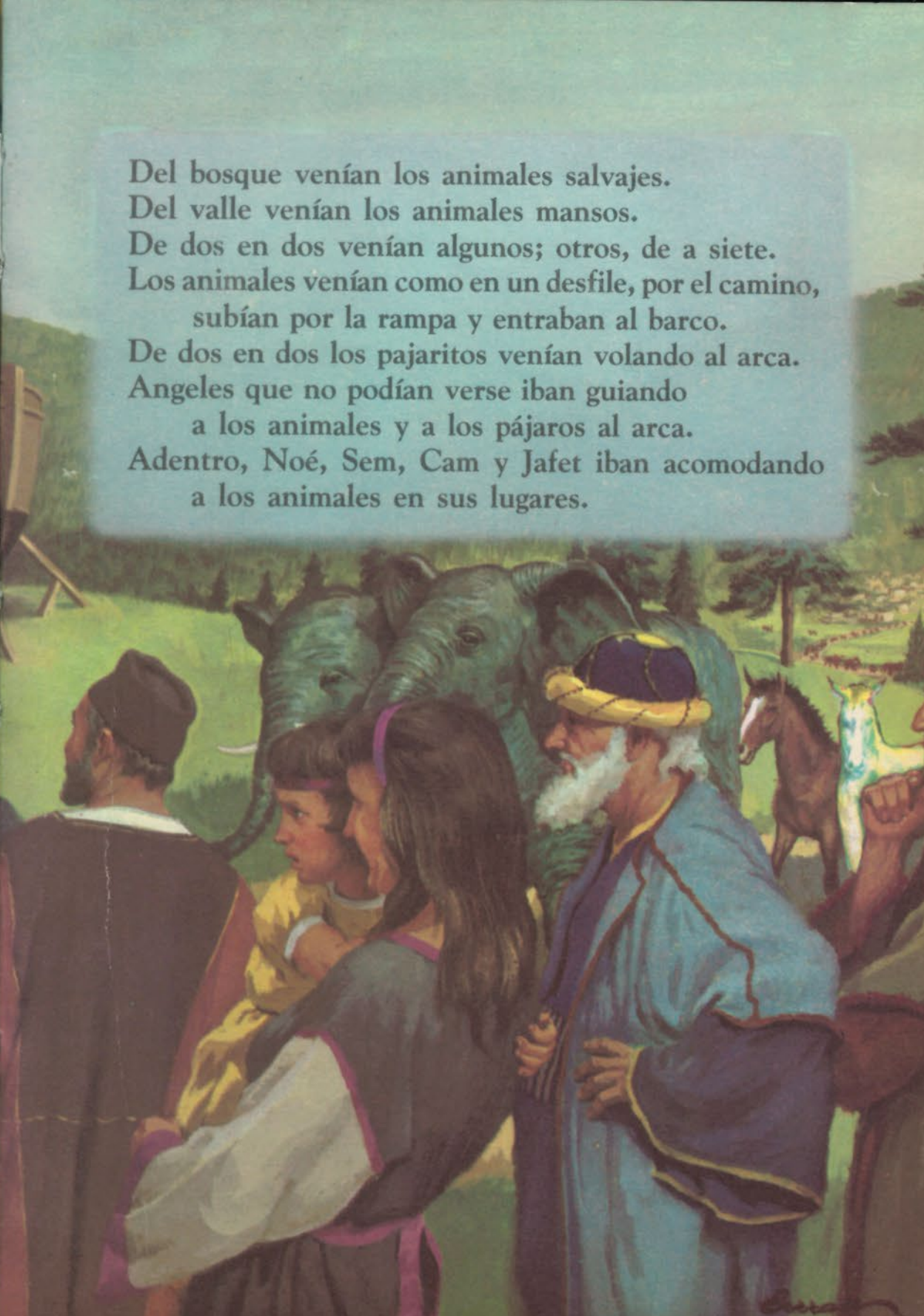
señaló hacia el bosque.

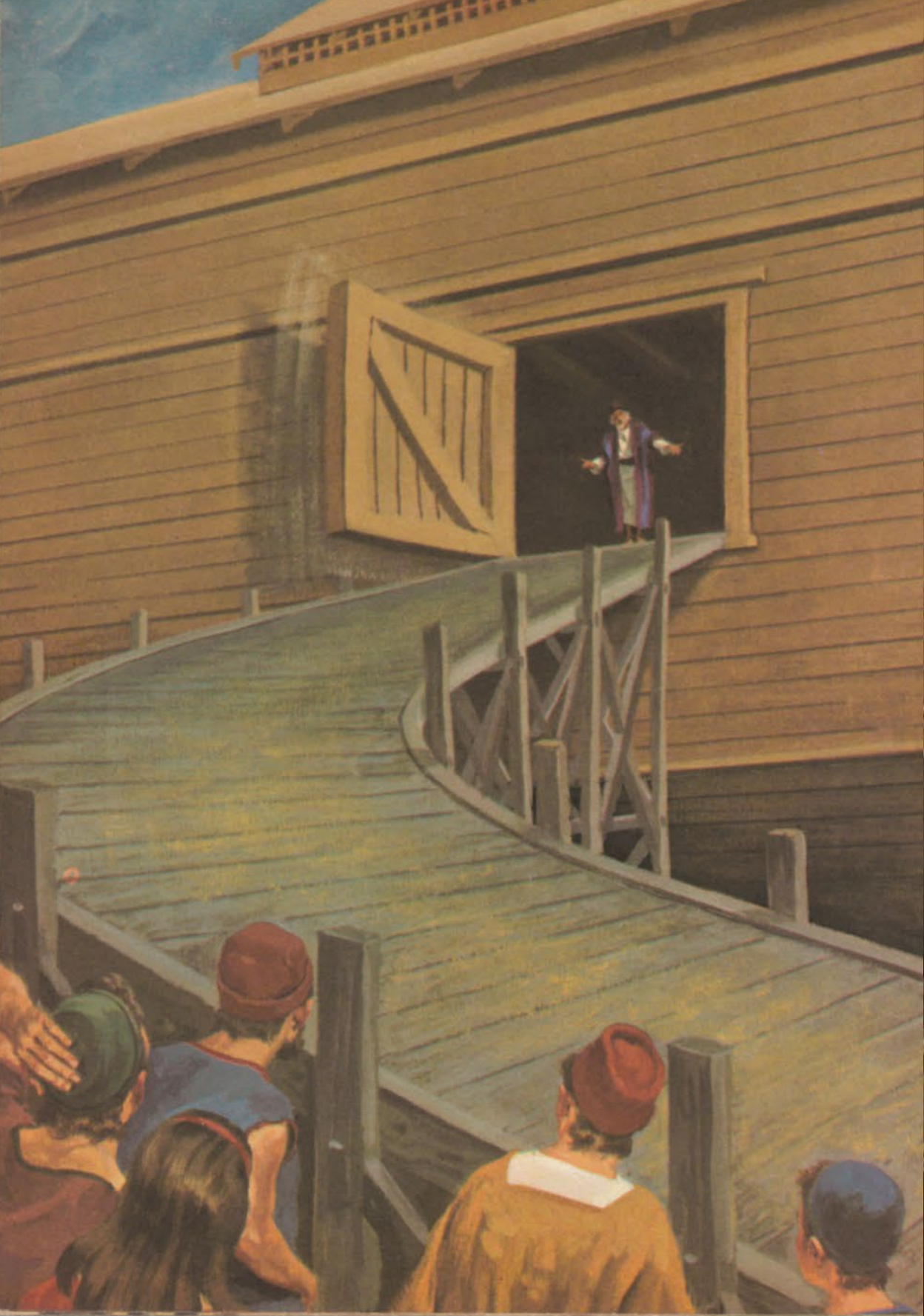
—¡Miren! ¡Miren los animales!

Carman

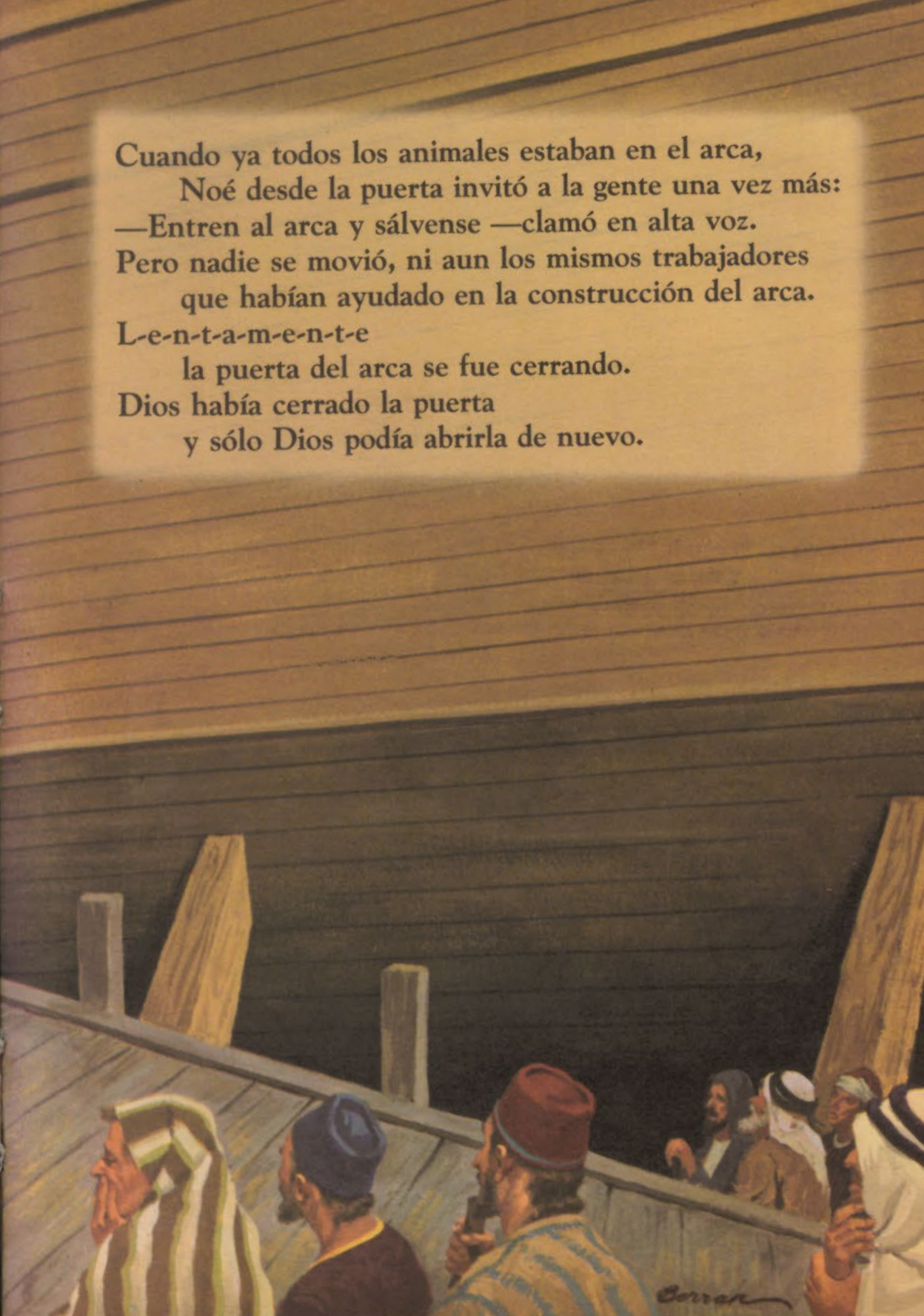


Del bosque venían los animales salvajes.
Del valle venían los animales mansos.
De dos en dos venían algunos; otros, de a siete.
Los animales venían como en un desfile, por el camino,
subían por la rampa y entraban al barco.
De dos en dos los pajaritos venían volando al arca.
Angeles que no podían verse iban guiando
a los animales y a los pájaros al arca.
Adentro, Noé, Sem, Cam y Jafet iban acomodando
a los animales en sus lugares.

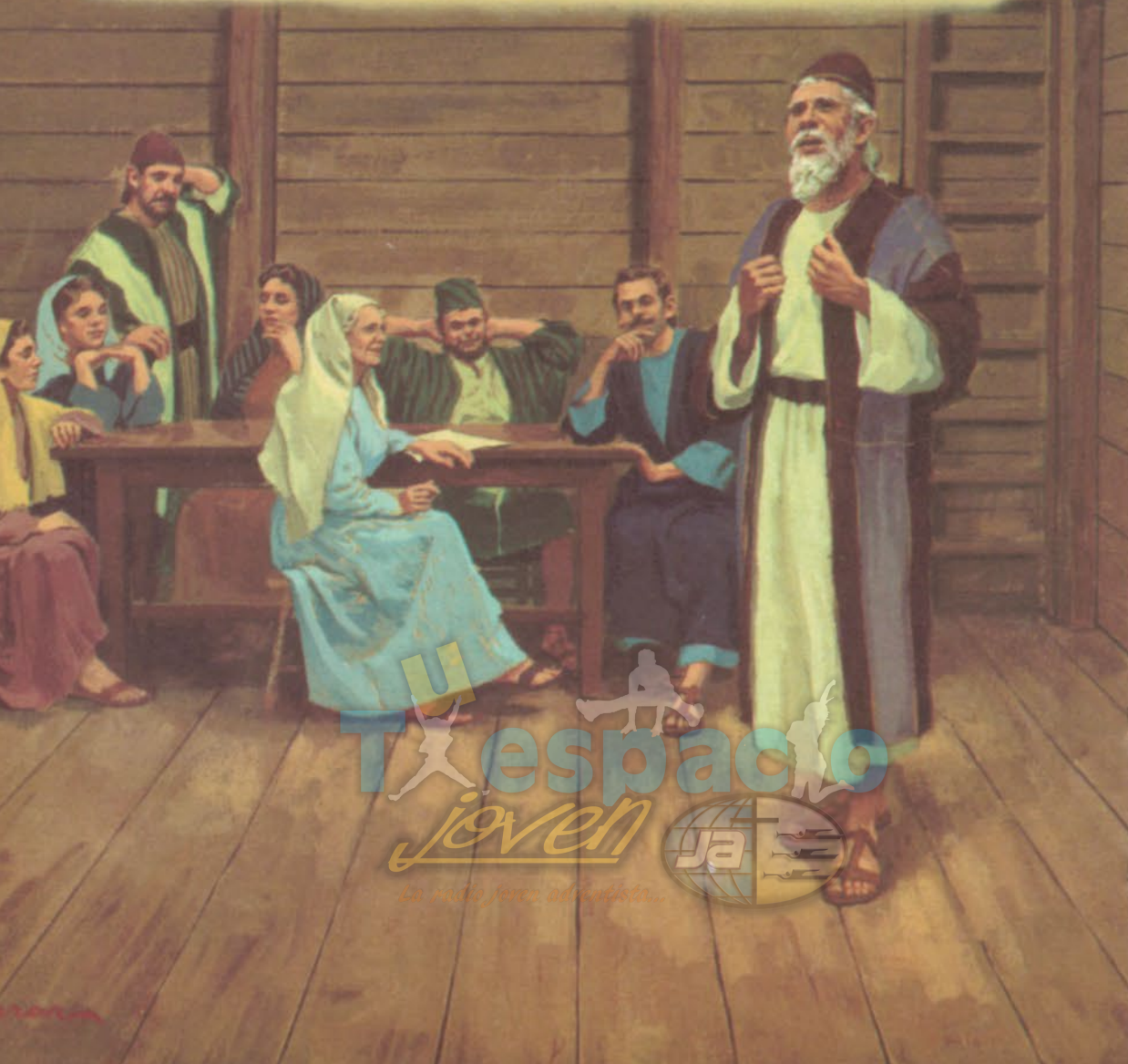




Cuando ya todos los animales estaban en el arca,
Noé desde la puerta invitó a la gente una vez más:
—Entren al arca y sálvense —clamó en alta voz.
Pero nadie se movió, ni aun los mismos trabajadores
que habían ayudado en la construcción del arca.
L-e-n-t-a-m-e-n-t-e
la puerta del arca se fue cerrando.
Dios había cerrado la puerta
y sólo Dios podía abrirla de nuevo.

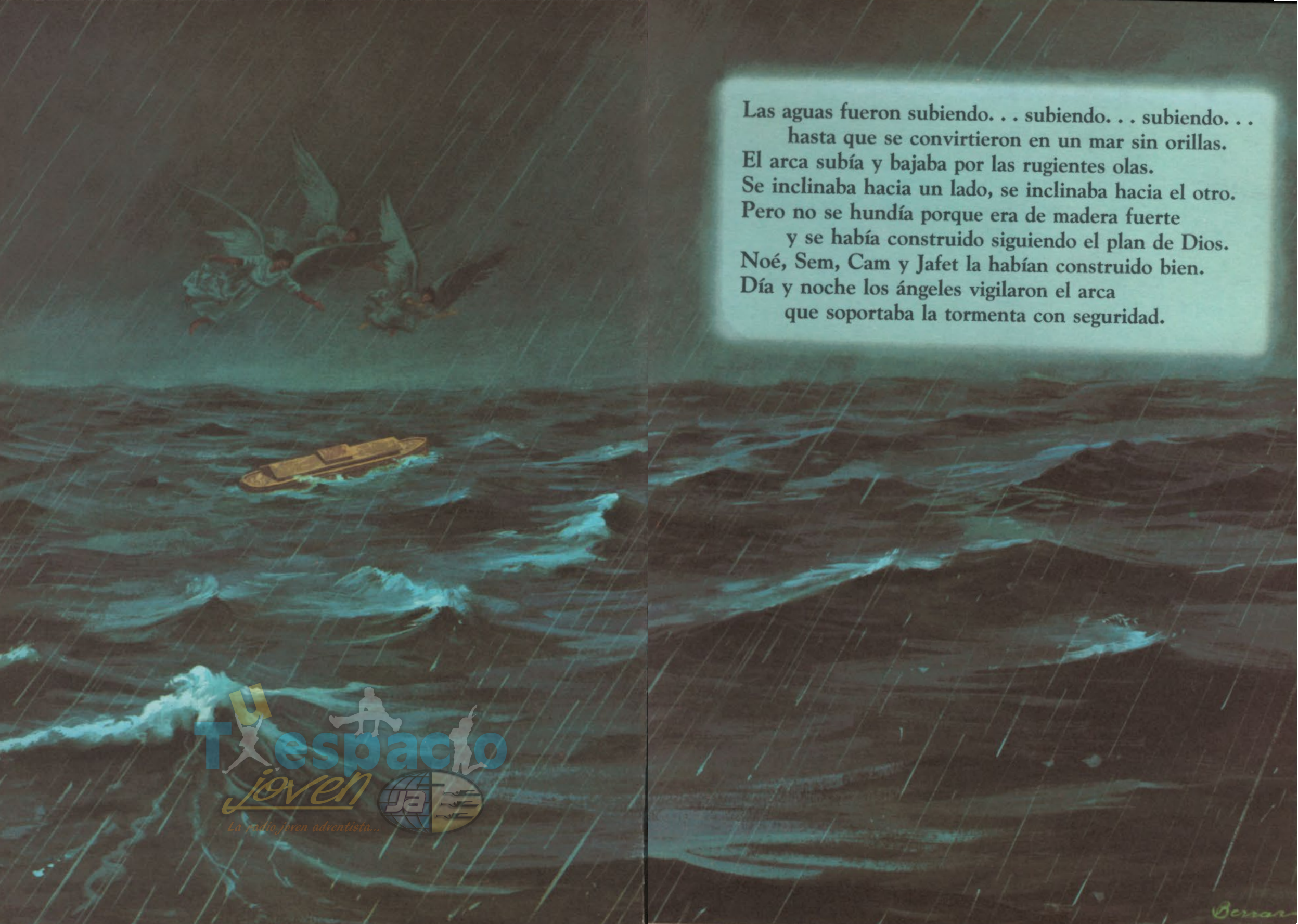


Dentro del arca, Noé con su esposa
y Sem, Cam y Jafet, con sus esposas,
esperaban y escuchaban. . .
Pero nada pasó aquel día,
ni el siguiente, ni el siguiente, ni el siguiente.
Siete días esperaron y escucharon,
escucharon y esperaron,
hasta que por fin, oyeron. . .



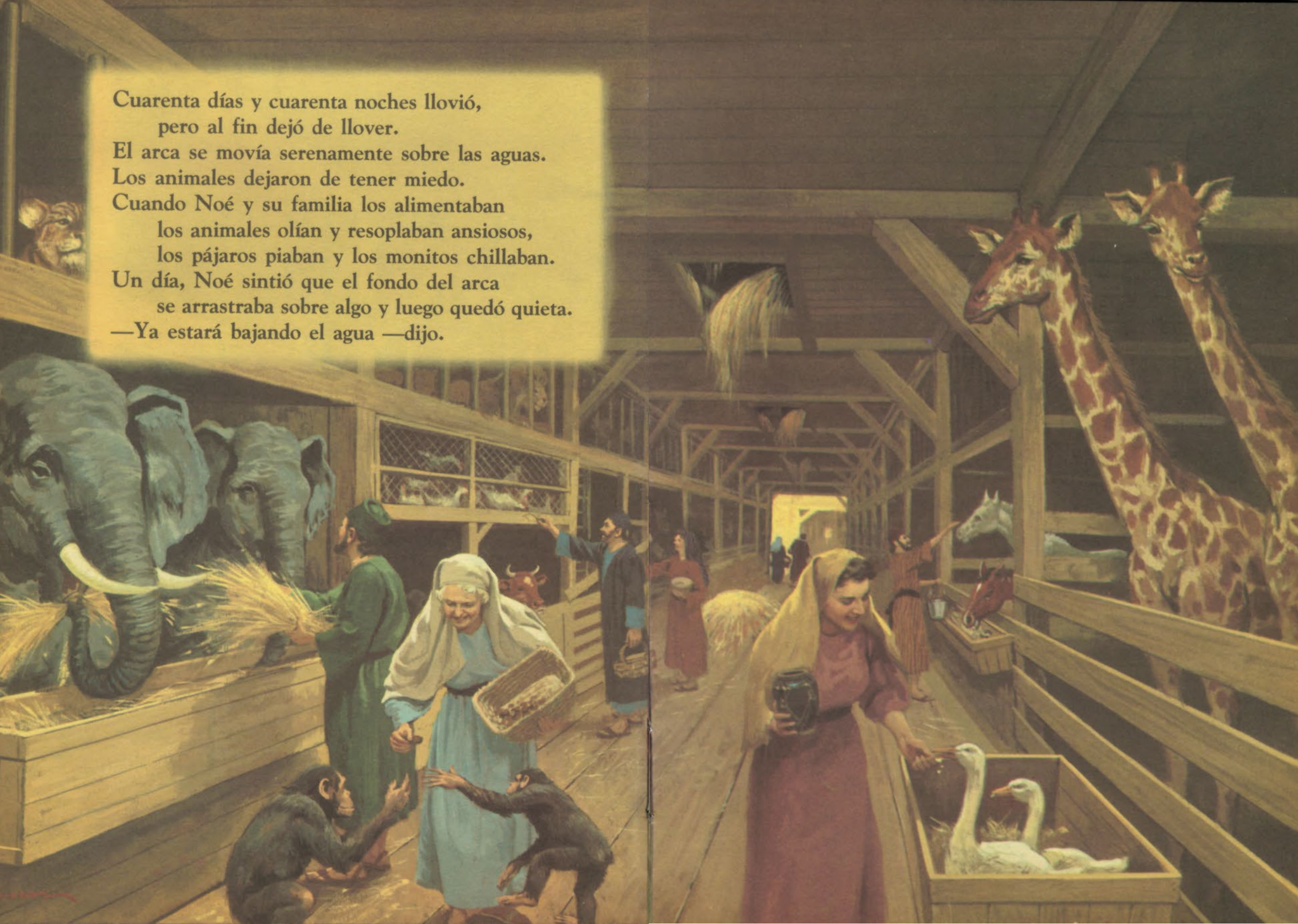
Tac. . . tac. . . tac. Cayeron las primeras gotas de lluvia.
Luego comenzó a llover con más fuerza.
Noé se asomó por la ventana del arca.
Vio horribles nubes negras; vio relámpagos.
Oyó los truenos y el rugido del viento.
¡Qué tormenta se había levantado!
Los animales estaban asustados.
Las vacas mugían y los tigres rugían.
Pero Noé y su familia no tenían miedo.
Sabían que Dios los cuidaría.



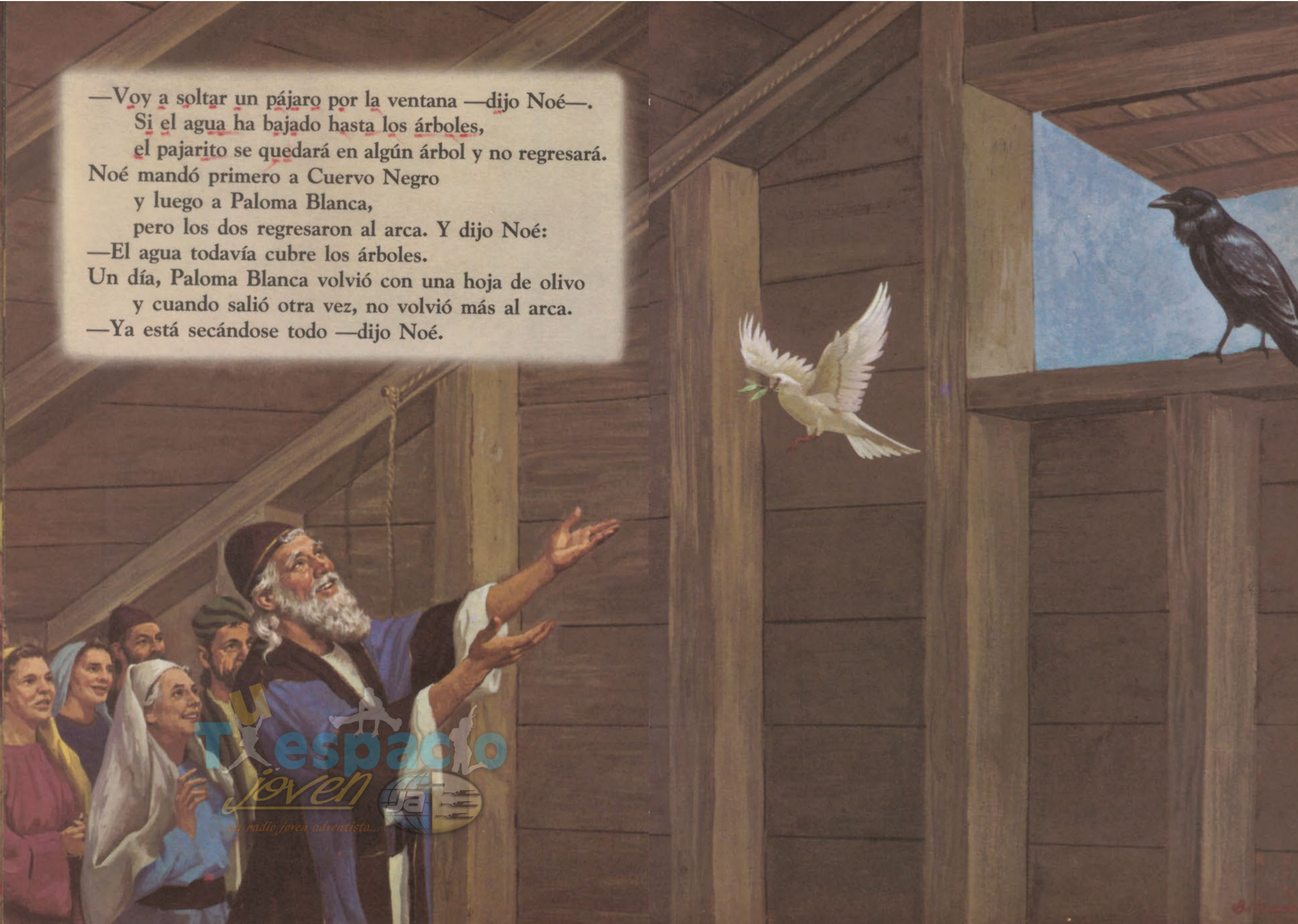


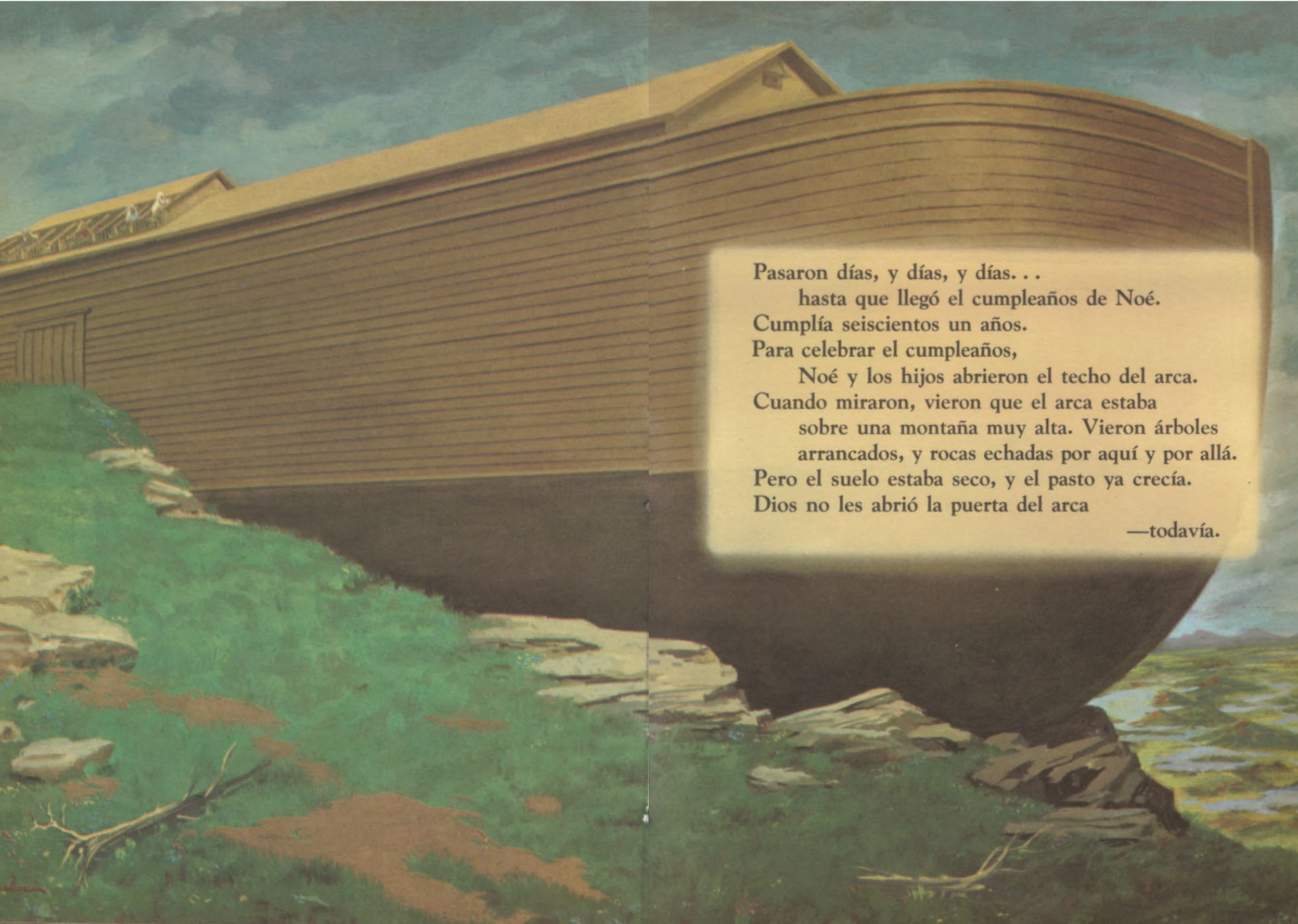
Las aguas fueron subiendo. . . subiendo. . . subiendo. . .
hasta que se convirtieron en un mar sin orillas.
El arca subía y bajaba por las rugientes olas.
Se inclinaba hacia un lado, se inclinaba hacia el otro.
Pero no se hundía porque era de madera fuerte
y se había construido siguiendo el plan de Dios.
Noé, Sem, Cam y Jafet la habían construido bien.
Día y noche los ángeles vigilaron el arca
que soportaba la tormenta con seguridad.

Cuarenta días y cuarenta noches llovió,
pero al fin dejó de llover.
El arca se movía serenamente sobre las aguas.
Los animales dejaron de tener miedo.
Cuando Noé y su familia los alimentaban
los animales olían y resoplaban ansiosos,
los pájaros piaban y los monitos chillaban.
Un día, Noé sintió que el fondo del arca
se arrastraba sobre algo y luego quedó quieta.
—Ya estará bajando el agua —dijo.



—Voy a soltar un pájaro por la ventana —dijo Noé—.
Si el agua ha bajado hasta los árboles,
el pajarito se quedará en algún árbol y no regresará.
Noé mandó primero a Cuervo Negro
y luego a Paloma Blanca,
pero los dos regresaron al arca. Y dijo Noé:
—El agua todavía cubre los árboles.
Un día, Paloma Blanca volvió con una hoja de olivo
y cuando salió otra vez, no volvió más al arca.
—Ya está secándose todo —dijo Noé.





Pasaron días, y días, y días. . .

hasta que llegó el cumpleaños de Noé.

Cumplía seiscientos un años.

Para celebrar el cumpleaños,

Noé y los hijos abrieron el techo del arca.

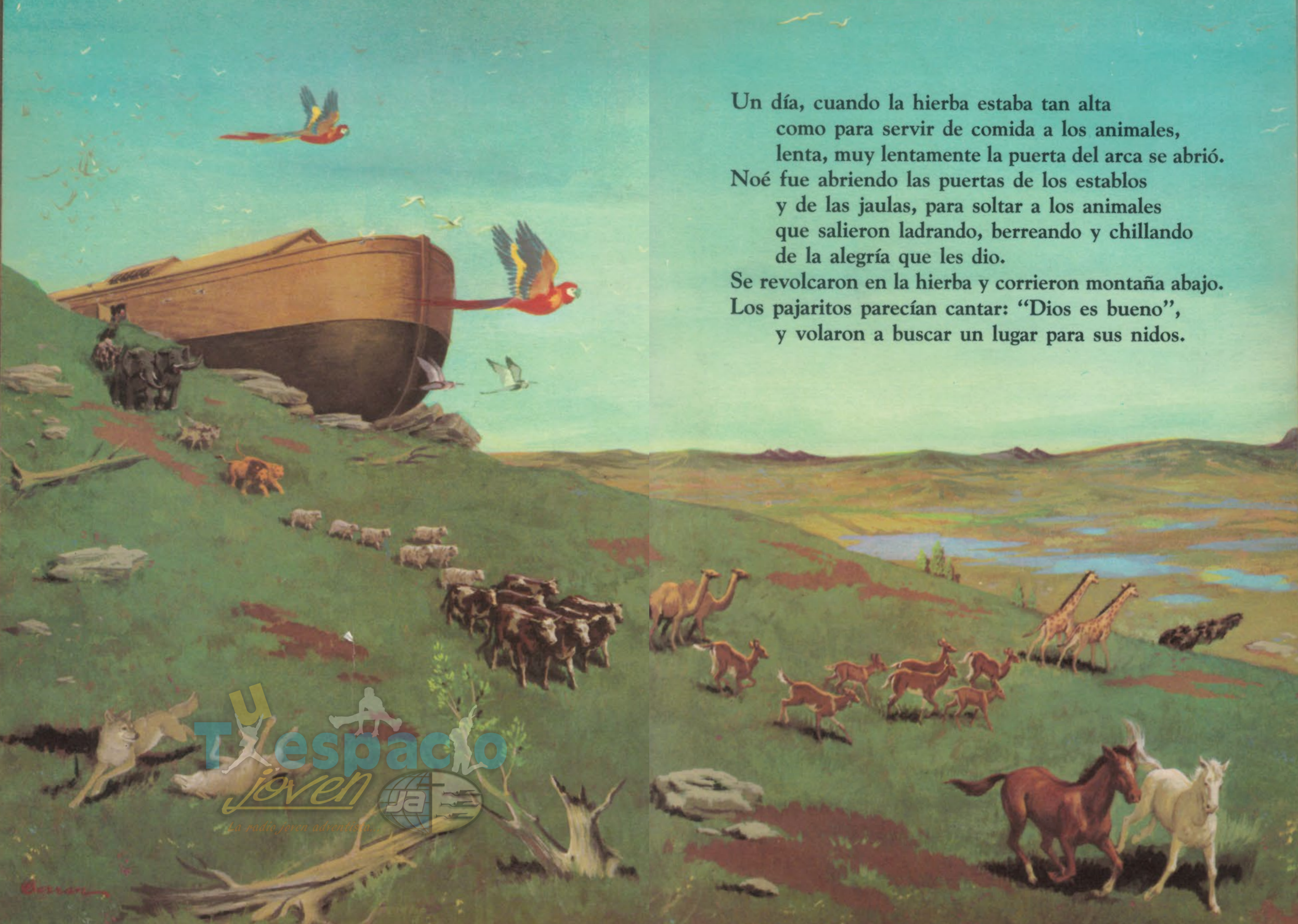
Cuando miraron, vieron que el arca estaba

sobre una montaña muy alta. Vieron árboles
arrancados, y rocas echadas por aquí y por allá.

Pero el suelo estaba seco, y el pasto ya crecía.


Dios no les abrió la puerta del arca

—todavía.




Un día, cuando la hierba estaba tan alta como para servir de comida a los animales, lenta, muy lentamente la puerta del arca se abrió. Noé fue abriendo las puertas de los establos y de las jaulas, para soltar a los animales que salieron ladrando, berreando y chillando de la alegría que les dio. Se revolcaron en la hierba y corrieron montaña abajo. Los pajaritos parecían cantar: “Dios es bueno”, y volaron a buscar un lugar para sus nidos.





Noé, Sem, Cam y Jafet recogieron piedras
para hacer un altar al Señor.
La familia se arrodilló junto al altar. Noé oró:
—Gracias, Dios, por habernos cuidado.
Gracias por devolvernos la tierra limpia y buena.



Dios les contestó con un arco iris en el cielo,
el primer arco iris que jamás se hubiera visto.

Y dijo Dios:

—Mi arco pongo en las nubes y les será señal
de que nunca más el agua cubrirá toda la tierra.

El hacha prestada

Los muchachos de la escuela del profeta Eliseo trataron de hacer lugar para los nuevos alumnos; pero fue en vano, no había más lugar.

El muchacho de la chaqueta roja, a quien llamaremos Jacobo, descalzo como estaba, había caminado muchísimo, para asistir a la escuela del profeta Eliseo, donde aprendían a ser maestros para Dios. Pero, como algunos otros, encontró que la escolita era demasiado pequeña. ¿Tendrían que volverse a casa Jacobo y los demás?





Al terminar las clases, los muchachos hablaron entre sí.
¿Qué podrían hacer ellos por su escuelita tan pequeña?

Uno de los chicos señaló hacia el río Jordán:

—Vayamos al río con hachas —dijo—, y cortemos unos árboles para agrandar la escuela.

—Buena idea —comentó un muchacho mayor—.

Pediremos al profeta Eliseo que nos acompañe.
Todos estaban de acuerdo, menos el pobre Jacobo.
El no tenía hacha, ni tenía dinero para comprarla.

Corrao



—Y ¿por qué no pides una prestada? —le preguntaron.
Jacobó se fue a casa de un vecino
para pedirle prestada un hacha.
—Te deajo usar el hacha —dijo el vecino—,
si me la cuidas bien.
—Oh sí, señor, yo cuidaré bien su hacha
—prometió Jacobo—. Usted verá.

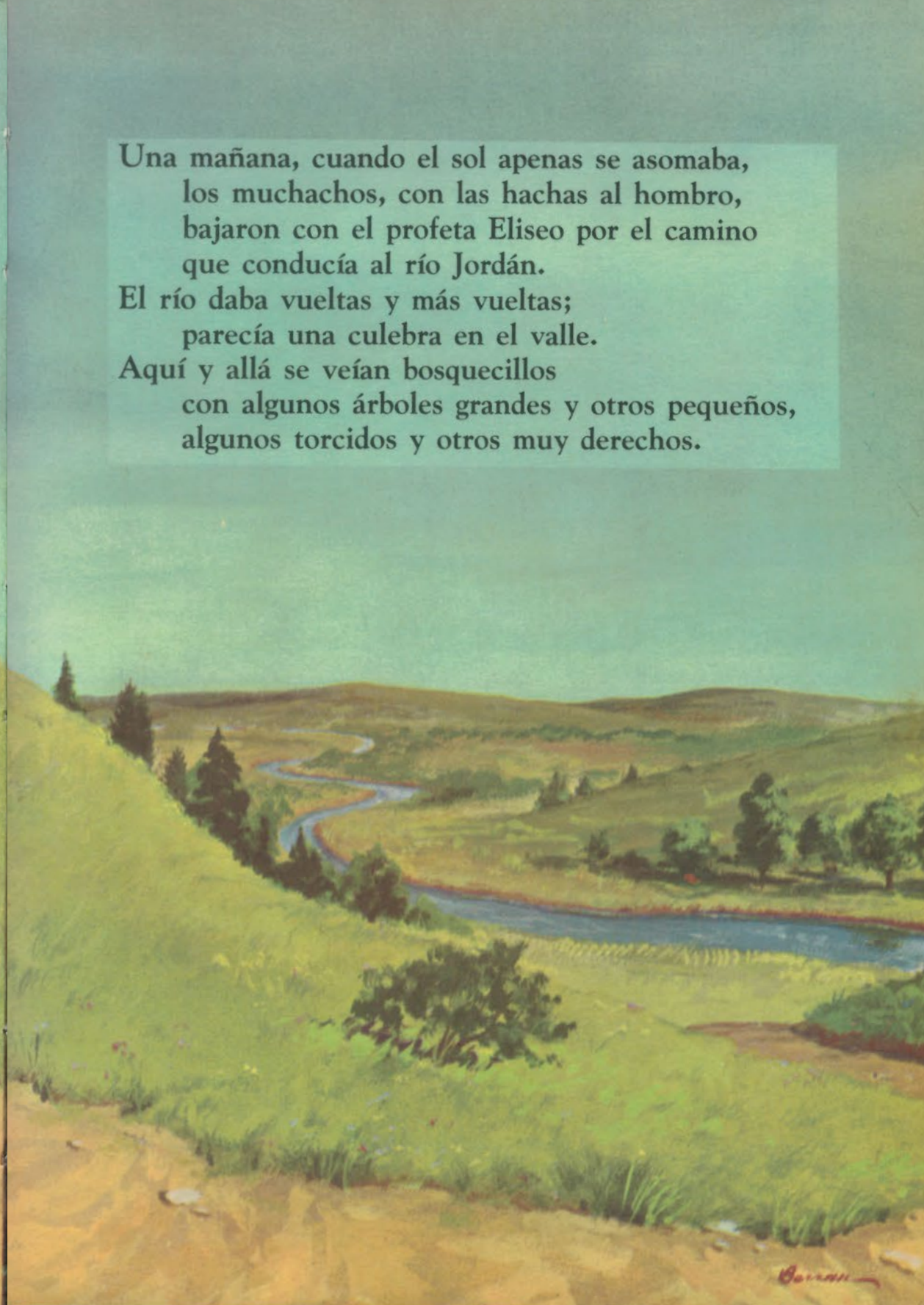





Una mañana, cuando el sol apenas se asomaba,
los muchachos, con las hachas al hombro,
bajaron con el profeta Eliseo por el camino
que conducía al río Jordán.

El río daba vueltas y más vueltas;
parecía una culebra en el valle.

Aquí y allá se veían bosquecillos
con algunos árboles grandes y otros pequeños,
algunos torcidos y otros muy derechos.



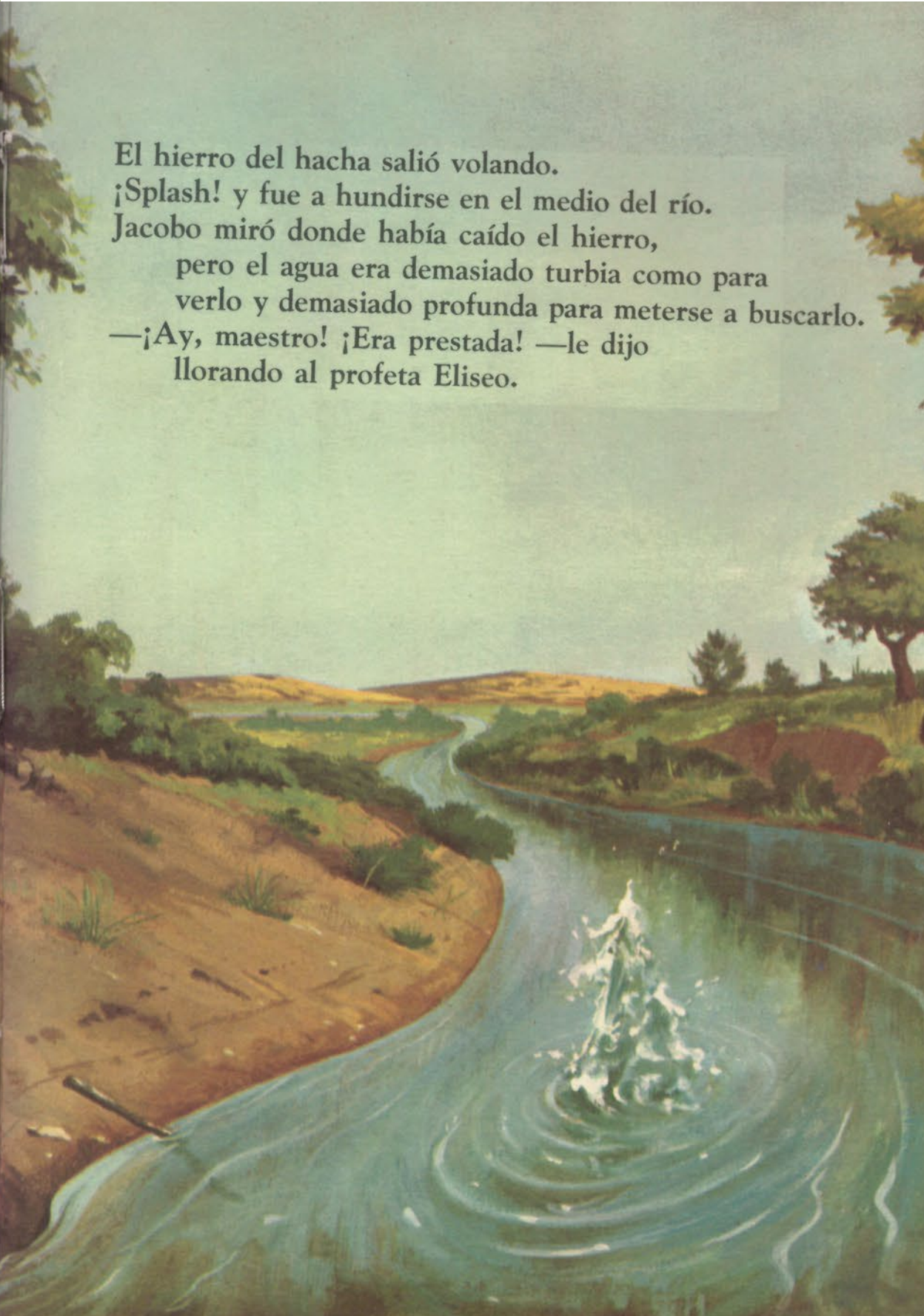
Baron



Cada jovencito escogió el árbol que iba a cortar.
Jacobó escogió un árbol junto al río.
Alzó el hacha y le hizo un corte al tronco.
Una y otra vez le daba al árbol con el hacha,
haciendo volar las olorosas astillas de pino
por todas partes.
De repente, sin ningún aviso. . .

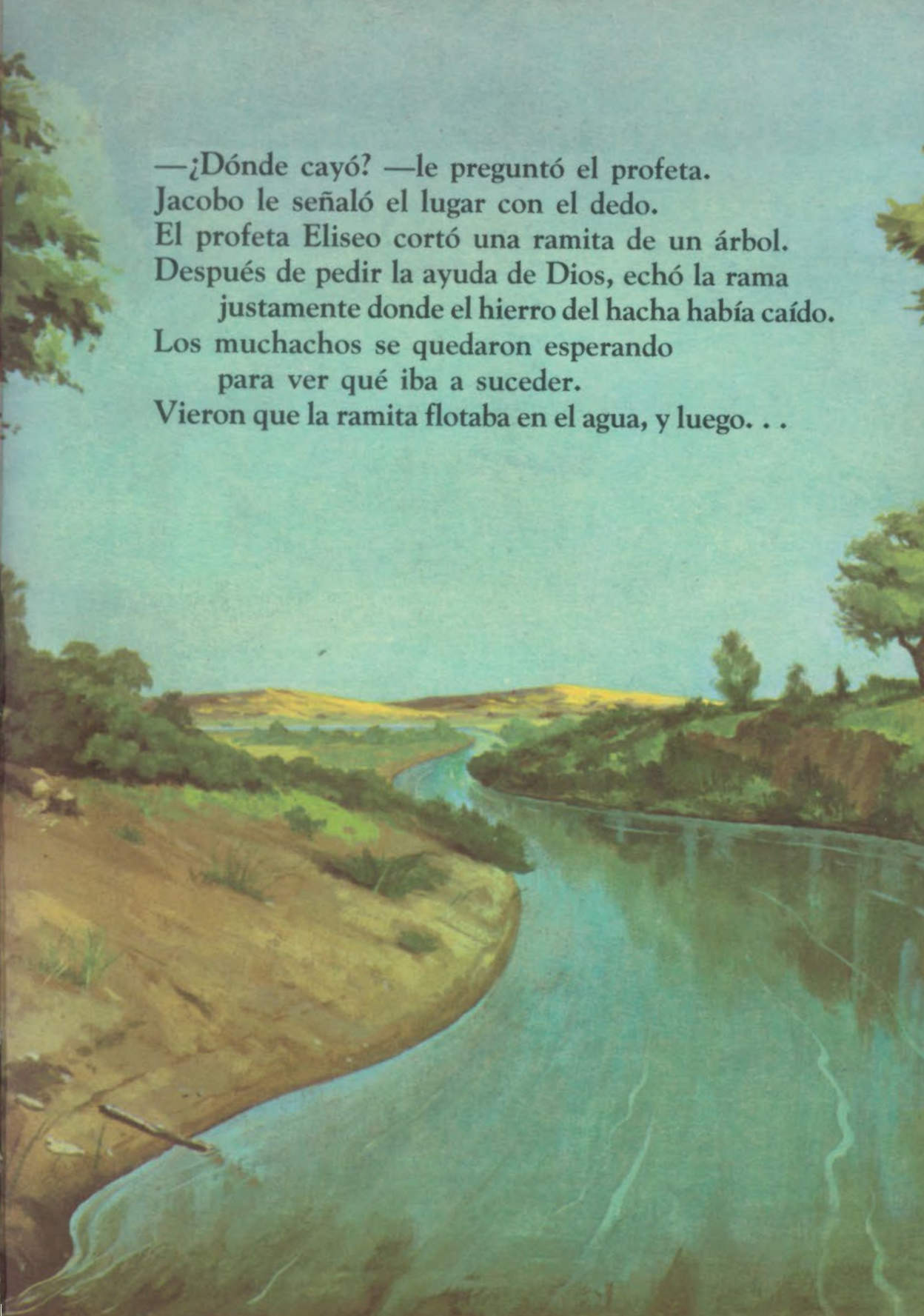


El hierro del hacha salió volando.
¡Splash! y fue a hundirse en el medio del río.
Jacobó miró donde había caído el hierro,
pero el agua era demasiado turbia como para
verlo y demasiado profunda para meterse a buscarlo.
—¡Ay, maestro! ¡Era prestada! —le dijo
llorando al profeta Eliseo.



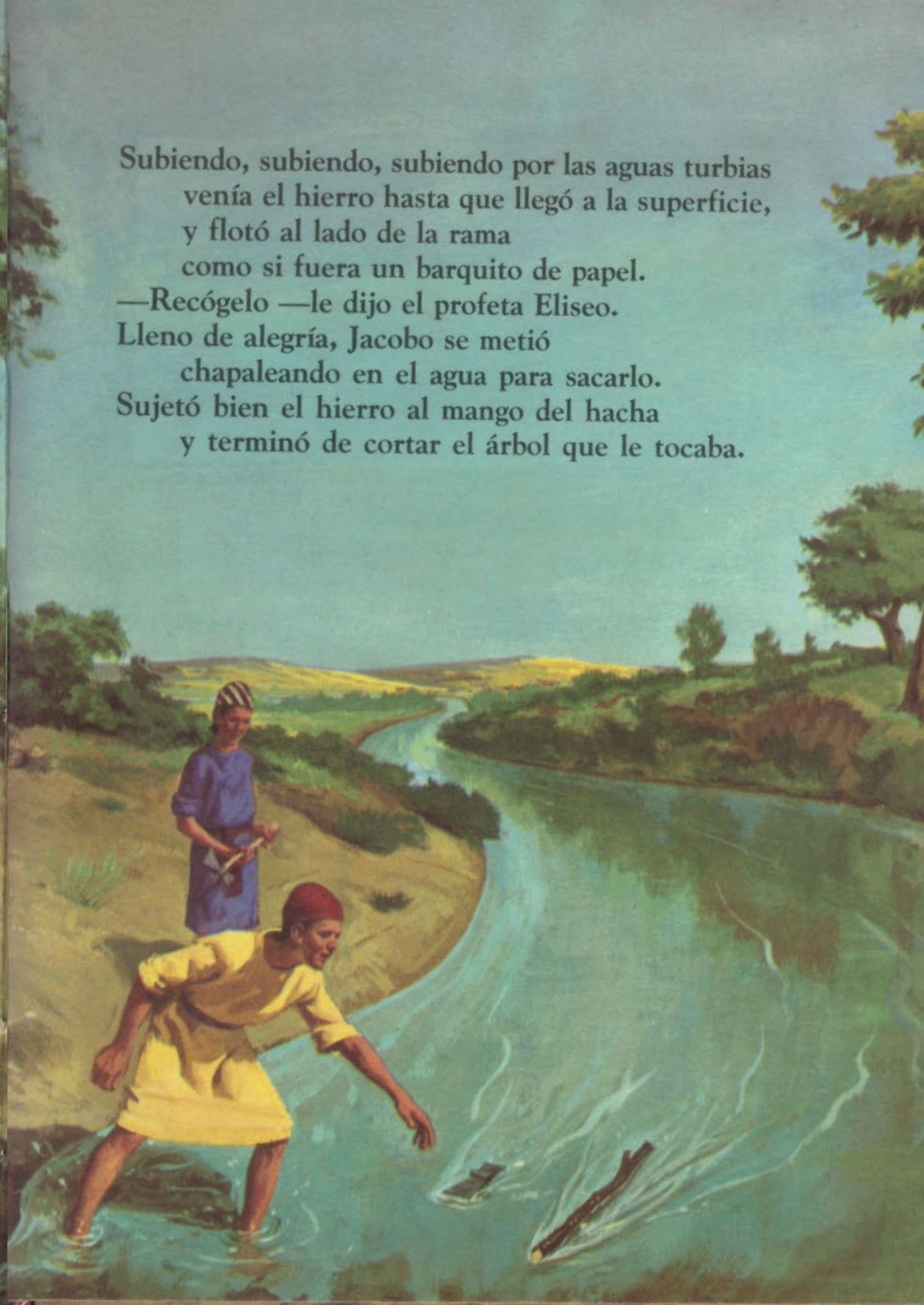


—¿Dónde cayó? —le preguntó el profeta.
Jacobó le señaló el lugar con el dedo.
El profeta Eliseo cortó una ramita de un árbol.
Después de pedir la ayuda de Dios, echó la rama
justamente donde el hierro del hacha había caído.
Los muchachos se quedaron esperando
para ver qué iba a suceder.
Vieron que la ramita flotaba en el agua, y luego. . .





Subiendo, subiendo, subiendo por las aguas turbias
venía el hierro hasta que llegó a la superficie,
y flotó al lado de la rama
como si fuera un barquito de papel.
—Recógelo —le dijo el profeta Eliseo.
Lleno de alegría, Jacobo se metió
chapaleando en el agua para sacarlo.
Sujetó bien el hierro al mango del hacha
y terminó de cortar el árbol que le tocaba.





Tirando y empujando, los muchachos
arrastraron los troncos por el camino.
Con ellos hicieron tablas y con las tablas
construyeron una escuela nueva y más grande.
Ahora sí que no les faltaría espacio. Habría lugar
para todos y nadie tendría que volverse a casa.
Ahora podrían quedarse todos
en la escuela del profeta Eliseo,
donde aprenderían a ser maestros para Dios.





